

1^{er} premio - Categoría La Paz
Luisina Russo - "Encerremos la violencia"
3^{er} Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »



1^{ra} Mención - Categoría **La Paz**
Regina Romano "Todos flotan"
3^{er} Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas «Crepúsculo»

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Vicente Battista
Matías Di Loreto

Colaboran en este número

Miriam Nápoli
Javier F. Luna
Eloy Enrique Rondon
Ana Serrano
Patricia Bava
Luis Vilchez
Martín Escobal Molina
Silvia Arcuzio
Guillermo Naveira

Diseño y Diagramación

Leonardo Liñares

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos
Moreno 1836 6to. B
Te.: 011-43722154
Te.: 0237-4053986 Int. 111
www.revistacrepusculo.org
info@revistacrepusculo.org

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 592073

La publicación de opiniones personales
vertidas por colaboradores y entrevistados
no implica que éstas sean necesariamente
compartidas por **Revista Crepúsculo**

La PAZ

En principio, la paz es difícil de definir hasta para el diccionario, que en su primera acepción lo hace por la contraria: *Situación y relación mutua de quienes no están en guerra, o Pública tranquilidad y quietud de los Estados, en contraposición a la guerra o a la turbulencia.* También se define a la paz como: *Reconciliación, vuelta a la amistad o a la concordia. O: Virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y las pasiones.* Además: *Genio pacífico, sosegado y apacible.* Por esto entendemos que la paz es: reconciliación, genio y virtud, pero casi siempre relacionada con los opuestos. En definitiva la buena predisposición entre las personas para mantener la concordia, el sosiego, la cordialidad, la armonía y el buen trato, dejando de lado el disenso, las peleas, las riñas, pleitos... De aquí surgen las primeras preguntas ¿Vivimos los argentinos en paz? ¿Nuestras familias conviven en paz?

En la celebración de la eucaristía según la liturgia romana, es también el rito que precede a la comunión, toda la asamblea se ofrece mutuamente un gesto de paz, como signo de reconciliación. Por otra parte la salutación de paz se hace dando un beso en el rostro.

La iracundia de las personas desata la violencia, esto en general no tiene un motivo sustentable. Pero, ya sea por egocentrismo, soberbia, incomprensión, irracionalidad... algunos hombres desenlazan contiendas descomunales; ya sea: entre los miembros de una familia, entre vecinos, entre países, es entonces cuando sobrevienen las guerras, termina la virtud de la paz, se acaba ese genio valioso. En este contexto pueden aparecer los pacificadores: *salvadores, iluminados, imprescindibles.* Individuos que en nombre del orden generan situaciones peores que la guerra, donde los miembros de la comunidad que piensan diferente están en paz pero pierden su dignidad.

Los que escriben la historia, suelen describir las guerras, los políticos que las lideraron y los cambios de límites fronterizos. El filósofo e historiador Eric Hobsbawm en su libro *Historia del siglo XX*, describe un período que va desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, hasta la caída del muro de Berlín y lo llama: *siglo veinte corto.* Aquí se suceden la Primera y Segunda Guerras Mundiales y la Guerra Fría, mechadas con Corea, Vietnam y los Balcanes entre otras. Todo el mundo está en vilo durante casi un siglo, los hombres no pueden o no quieren sembrar la concordia y el entendimiento. Prefieren el estado beligerante de las cosas. Es que algunos individuos, sobre todo los líderes se sienten más a gusto, más *necesarios* en esta situación de litigio. Están como pez en el agua, lo precisan como un alimento cotidiano, aunque con ello arrastren a millones de personas a situaciones de angustia permanente. En ocasiones a causa del clamor popular, aceptan firmar un tratado donde se reparten sus mezquindades y sus retazos de poder. Tratado que dura hasta que una de las partes se siente nuevamente

fortalecida y envalentonada va por más, o peor, va por todo. Es entonces cuando comienza un nuevo ciclo, un nuevo ciclo de sufrimiento para quienes no pueden decidir nada y sólo quieren vivir en paz. Como se ve es muy difícil hablar de la paz si no mencionamos a la guerra. Dos líderes se diferenciaron, y fueron emblemáticos durante el siglo pasado: Mahatma Gandhi (no hay camino para la paz, la paz es el camino) y Nelson Mandela eligieron para la confrontación la senda de la no violencia. Trabajaron arduamente durante todas sus vidas en la busca de objetivos parecidos: libertad, dignidad, igualdad... Y, cada uno a su manera terminó su tarea con éxito. Con grandeza de espíritu se puede elegir el camino adecuado para acceder a la paz.

A menudo decimos: *por favor déjenme en paz o, no podrían darme un poco de paz*. ¿Es que consideramos que la paz sólo depende de los que nos rodean? ¿No tenemos nada que hacer en ese sentido, no depende esto también de nosotros? Descemos la paz, la añoramos, la necesitamos...pero la mayoría de las veces tenemos comportamientos en sentido contrario, la alejamos y culpamos a los demás por no tenerla. Por lo menos podríamos con un poco de esfuerzo lograr algo de paz en la familia, en el trabajo, en el pequeño mundo en el que tenemos influencia. Aunque esto es bastante difícil, el medio ambiente es cada día más influyente y perverso, la abstracción

total es casi imposible, hacer caso omiso es una tarea de titanes: noticieros que bombardean, gritos que ametrallan, discusiones que torturan, competitividad que lacera, discursos que martirizan. Todo está preparado para la guerra.

La humanidad a menudo con actos simbólicos demuestra una voluntad contraria a la paz. Las siglas QEPD aparecen en las lápidas como una sentencia en la que se plasma que la única manera de alcanzar la paz es la muerte. Amado Nervo decía: *Hay algo tan necesario como el pan de cada día, y es la paz de cada día; la paz sin la cual el mismo pan es amargo*. Acostumbrémonos a ejercitar la paz en forma cotidiana, a cultivar la armonía y, si tenemos que disentir, hagámoslo en forma pacífica. No esperemos a esa sentencia lapidaria y pesimista para después de la muerte.

Ricardo René Cadenas

Sumario

07 Por Vicente Battista
La Paz

10 Por Luis Straccia
La Paz Permanente, cuanto menos es algo insoportable

14 Ceremonia
Noviembre de Cuentos y Plástica

16 Por Miriam Nápoli
Soy la paz

18 Por Pablo Pedroso
Cacería

20 Por Javier F. Luna
La contracara de la paz no es la guerra

24 Por Eloy Enrique Rondon
Pequeñas guerras de la memoria

26 Por Matías Di Loreto
La paz justifica los medios

30 Por Ana Serrano
Que Irene descansa en paz

32 Por Patricia Bava
Beca de arte Fundación Tres Pinos

36 Por Luis Vilchez
La paz de los insensatos

40 Por Martín Escobal Molina
La paz interior

44 Por Silvia Arcuzio
Hablemos sobre la paz

48 Por Guillermo Naveira
Herederos de un mito reinventado

Diciembre 2012

LA PAZ

Por Vicente Battista

La cólera de Dios es inconmensurable. Circunstancia que no debería sorprendernos, ¿qué otra furia que una furia desmesurada puede tener quien ha creado el Cielo y la Tierra y, de paso, a todas las criaturas vivas que en ella habitan? Precisamente, esa faena fue, según leemos en **Génesis 6:7**, la razón del enojo: *“Y dijo Yahveh: Voy a exterminar de sobre la faz del suelo al hombre que he creado —desde el hombre hasta los ganados, las sierpes y hasta las aves del cielo— porque me pesa haberlo hecho”*. Es comprensible; insatisfecho con su obra, intentó hacer lo que suelen hacer los artistas en parecidas circunstancias: destruirla. Virgilio y Kafka pueden ser dos buenos ejemplos. Por fortuna, el emperador Augusto, incumpliendo el pedido que le hiciera el propio Virgilio, no quemó la **Eneida**. Actitud similar a la que tendría Max Brod ante el pedido de Kafka. Gracias a esas desobediencias, hoy contamos con piezas claves en la literatura de todos los tiempos.

En el caso de Yahveh no hubo desobediencia, ¿quién, más allá del Diablo, se hubiera atrevido a desobedecer su mandato? Por lo que nos sigue informando el **Antiguo Testamento**, poquito después de su momento de cólera, Yahveh puso en escena a Noé: *“Noé halló gracia a los ojos de Yahveh”* (**Génesis 6:8**) y de inmediato el profeta se largó a construir la célebre arca. Aquí aparece el primer símbolo de la paz. Luego de casi un año de navegación y ante el presentimiento de que el diluvio comenzaba a menguar, Noé soltó una paloma que poco después regresó con un ramo de olivo en su pico. Desde entonces, la paloma blanca con un ramo de olivo en el pico es el símbolo universal de la paz. Curiosamente, en ese mundo recién creado aún se ignoraba qué era la guerra.

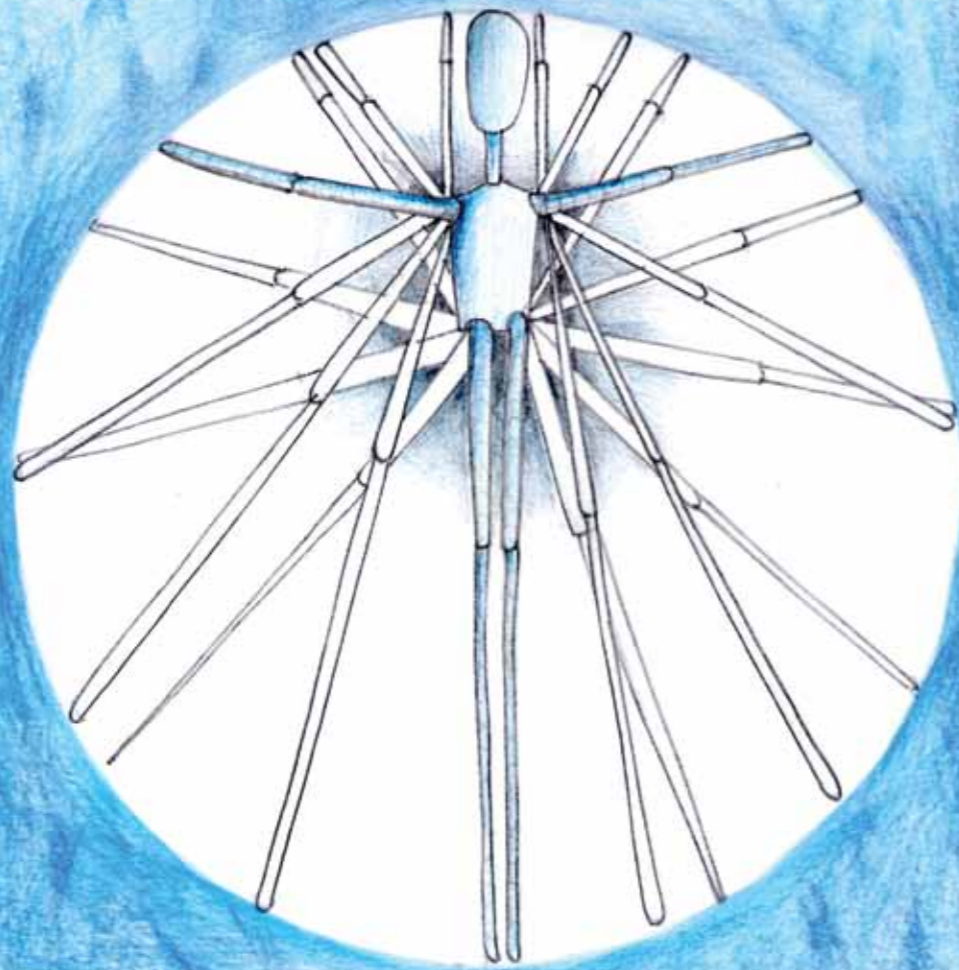
Lamentablemente, la ignoramos por poquísimo tiempo. Aunque, bien se mire y más allá de Noé y su robusta arca, no podríamos hablar de paz si no existiera la guerra: una depende de la otra. Por lo que habría que preguntarse cuándo nació el concepto de guerra que produciría el concepto de paz. En las primeras escenas de **2001, una odisea del espacio**, la película de Kubrick, vemos que una criatura, que comienza a perder su

condición de chimpancé pero aún no ha ganado la categoría de humano, tropieza con un hueso que tuvo que haber pertenecido a algún gran animal. Lo levanta, lo mira un largo rato y de pronto parece entender qué utilidad puede tener ese hallazgo. Los primeros acordes de **Also sprach Zarathustra**, de Richard Strauss, le dan adecuada música a esa metáfora de las armas y de su definitivo poder. Armas y guerras están íntimamente ligadas, fatalmente se necesitan entre sí. Aunque hay otros tipos de guerras, desde la psicológica hasta la fría, que obvian las armas; la dolorosamente genuina es aquella que se resuelve en el campo de batalla, con un tendal de cadáveres sobre ese campo.

No es posible saber cuándo y cómo fue la primera de esas innumerables contiendas, pero casi con certeza se puede decir que todo comenzó cuando ese remoto ser humano (o casi en camino de serlo) encontró aquel hueso que un rato más tarde se convertiría en arma. Esa arma desde entonces hasta hoy se ha modificado notablemente, el propósito que arrastra continúa siendo el mismo.

Necesariamente, deberemos regresar a las **Escrituras**: en las primeras páginas del **Antiguo Testamento**, Moisés (**Éxodo 15:3**) señala que Yahveh es un guerrero con armas poderosísimas, la destrucción de Sodoma y Gomorra y las diez plagas que desató sobre Egipto despejan cualquier duda. En el **Libro Primero de Samuel (1:3)** se lo denomina “Yahveh de los ejércitos”. Por fortuna, el profeta Isaías (**2:4**) traerá algo de paz: *“No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra”*, palabras que confirmará Jesús, en el **Nuevo Testamento** —*“Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñan espada, a espada perecerán”* (**Mateo 26:52**)— pero que lamentablemente iban a tener poco eco: Juan, en su **Apocalipsis**, anuncia el exterminio de las naciones paganas (**19:14/15**): *“Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos”*.

¡Quiero vivir en paz!, solemos exigir o implorar, pero rara vez lo conseguimos. En principio habría que determinar de qué paz



«La Paz es interior» - Daniela Paola San Jose - 3er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas «Crepúsculo»

estamos hablando, porque del mismo modo que hay diferentes tipos de guerras —guerra justa, guerra preventiva— hay distintos tipos de paz. En tiempos de Augusto, con el propósito de “pacificar” a los pueblos sometidos por el imperio, se gestó la llamada “Paz Romana” que, en términos reales, se trataba de una fuerza invasora ejerciendo poder de forma unilateral, sin estar sometida a control alguno y sin respetar los derechos de aquellos a quienes gobernaba. Este modo de la paz aún lo ejercen ciertos países centrales con los países periféricos a los que previamente han invadido con el “sano” propósito de acabar con las guerras internas.

A comienzos del siglo XVIII los tratados de Utrecht y Rastadt habían puesto fin a la Guerra de Sucesión; sin embargo, Europa continuaba enferma de guerra. Charles-Irenee Castel, Abate de

Saint-Pierre, quien había acompañado al cardenal Polignac en las conversaciones de paz en Utrecht, decidió buscar un remedio para esa enfermedad: en 1713 publicó **Proyecto de Paz Perpetua**, un libro clave que, desde sus primeras páginas, anunciaba: “*Mi objetivo es proponer medios para conseguir la paz perpetua entre los Estados cristianos. Sensiblemente afectado por todos los males que la guerra causa entre los soberanos de Europa y sus súbditos, tomé la resolución de llegar hasta las primeras causas del mal, y de indagar por medio de mis propias reflexiones si este mal está de tal modo vinculado a la Soberanía y a los Soberanos que no tiene absolutamente ningún remedio; y me puse a estudiar a fondo el tema para intentar descubrir si era imposible encontrar medios practicables para terminar sin guerra todas las diferencias futuras y para lograr de este modo entre ellos la paz perpetua*”. A partir de ese presupuesto, el Abate de Saint-Pierre diseñó un proyecto de paz en el que se mostraban

no sólo los motivos sino también los medios para convencer a los príncipes y reyes cristianos de Europa a formar una Unión Europea.

El artículo 1 del **Proyecto de Paz Perpetua** estipulaba que el Senado tendría como sede una ciudad libre (*ville libre*).

El artículo 2 establecía que la Unión Europea no intervendría en los asuntos internos de cada Estado, excepto en caso de ayuda necesaria contra los sediciosos y rebeldes.

El artículo 3 sostenía que “*la Unión Europea empleará todas sus fuerzas y todos sus cuidados para impedir que durante las regencias, las minorías, los reinos débiles de cada Estado, no se cause ningún perjuicio al Soberano, ni en su persona, ni en sus derechos, ya sea por los súbditos, ya por los extranjeros; y si tuviera lugar alguna sedición, revuelta, conspiración, sospecha de envenenamiento, u otra violencia contra el príncipe o contra la casa soberana, la Unión Europea, considerada como su tutora y protectora nata, enviará expresamente a este Estado comisarios para ser informada de la verdad de los hechos, y al mismo tiempo tropas para castigar a los culpables según todo el rigor de las leyes*”.

El artículo 4 postulaba: “*Cada Soberano se contentará, para él y para sus sucesores, con el territorio que posee actualmente, y que debe poseer en virtud de este tratado. De otro modo, entre los objetivos de la Unión Europea no sólo se considera que un Soberano no puede incrementar su territorio, sino también que ningún Estado-miembro intente apropiarse de la totalidad o de una parte del territorio que cada Estado posee*”.

El artículo 9 enumeraba los Estados que integrarían la Unión Europea: “*En el Senado de Europa habrá veinticuatro senadores o diputados de los Soberanos unidos, ni más ni menos, a saber: Francia, España, Inglaterra, Holanda, Savoya, Portugal, Baviera y Asociados, Venecia, Génova y Asociados, Florencia y Asociados, Suiza y Asociados, Lorena y Asociados, Suecia, Dinamarca Polonia, Estados Pontificios, Rusia, Austria, Curlandia y Asociados, Prusia, Sajonia, Palatinado y Asociados, Hannover y Asociados, Arzobispados-Electores y Asociados. Cada diputado sólo tendrá un voto*”.

El Tratado también sostenía que “*ningún Soberano, ni ningún miembro de una Casa soberana puede ser Soberano de otro Estado que no sea el suyo*” y recomendaba que “*todas las soberanías de Europa permanecerán siempre en el estado en que se hallan, y tendrán los mismos límites que tienen actualmente. De este modo, ningún territorio podrá ser desmembrado de ninguna soberanía, ni ningún otro podrá ser añadido por sucesión, pacto entre Casas diferentes, elección, donación, cesión, venta, conquista, sumisión voluntaria de súbditos a otro*”. Los soberanos que firmaran el Tratado cederían entre ellos y para sus sucesores “*todos los derechos y todas las pretensiones que pueden tener unos contra otros, y en particular sobre el territorio de unos sobre otros*”. Por último: “*los Soberanos no podrán intercambiar ningún territorio entre ellos, ni firmar ningún tratado entre ellos, sin el consentimiento y la garantía de la Unión expresada mediante tres cuartas partes de la totalidad de los votantes*”.

Estos eran los principios por medio de los cuales, según el

abate de Saint-Pierre, se lograría la paz perpetua. Jean-Jacques Rousseau conoció al abate en París, en 1742. Fue durante una de las tertulias en el salón de Mme. Dupin. El abate murió un año después de aquel encuentro y fue la propia Mme. Dupin quien le encargó a Rousseau que ordenara y editara los textos del Abate. Rousseau demostró especial interés por el **Proyecto de Paz Perpetua**, del que señaló que su “*objetivo lo hace tan digno de la atención del hombre de bien, fue el más meditado de los del Abate de Saint-Pierre y al que se dedicó con más obstinación, pues resulta difícil dar otro nombre al celo misionero que siempre le acompañó en este asunto, a pesar de su evidente imposibilidad de éxito, del ridículo de que se cubrió día a día y de los disgustos que continuamente tuvo que sufrir (...)* Si, pese a todo, este proyecto no llega a ser ejecutado, ello no se debe a que sea quimérico, sino a que los hombres son insensatos y que es una especie de demencia ser sabio en medio de locos”.

No hay noticia de que Immanuel Kant haya leído el texto del Abate de Saint-Pierre, pero se sabe que una de sus novelas favoritas era **Emilio, o la educación**, de J. J. Rousseau. En el capítulo cinco de esa novela, Rousseau cita al Abate y explica en qué consiste su propuesta de paz perpetua. Lo cierto es que en 1795 Kant publica **Sobre la paz perpetua**, un ensayo que desde el título reelabora las propuestas del Abate de Saint-Pierre. El proyecto kantiano no es ético sino jurídico. No postula la bondad del ser humano, pero entiende que a partir de la unión de naciones, basadas en un orden legal, se podría conseguir la paz tan ansiada.

El Abate de Saint-Pierre, Rousseau y Kant supusieron que la armónica alianza de naciones europeas podría hacerla posible. Como bien se sabe, fue una apuesta perdida. Pese a ello, la fantasía de que la coalición hace la paz continuó en pie. El 28 de junio de 1919 se fundó la Sociedad de Naciones (SDN), un organismo internacional, surgido luego del fin de la Primera Guerra mundial, que se propuso restablecer pacíficamente las relaciones internacionales. A poco de finalizar la Segunda Guerra mundial, la Sociedad de Naciones se convirtió en la Organización de la Naciones Unidas (ONU). Una vez más, todo quedó en buenas intenciones. El balance del último medio siglo (sólo por poner una cifra) de la ONU en el apartado Paz ofrece lamentables números rojos.

Es muy sencillo definir qué es la guerra, pero se torna difícil explicar de qué hablamos cuando hablamos de paz y, sobre todo, cómo llegaremos a ella. “*No hay un camino hacia la paz, la paz es camino*”, dijo el reverendo Abraham Johannes Muste, un clérigo y activista político, ligado al activismo obrero, al pacifismo y al movimiento de derechos civiles de EE.UU. Un camino sinuoso y difícil, es cierto, pero el único posible. □

La Paz Permanente, cuanto menos es algo insoportable

Por Luis Straccia

Uno llega al consultorio del psiquiatra porque algunos incrédulos de esos que andan por ahí le han dicho que no es Superman. Es más, al momento de entrar duda entre hacerlo como un vulgar ser humano más y golpear la puerta, o aparecerse volando por la ventana del tercer piso. Pero cuando queremos acordar ya estamos dentro, y ahí, el tipo, entre charlas sin mate y despedidas pagadas, entre tanto hmm y ahaa, y luego de varios "y Ud. Qué piensa?" se encarga de confirmártelo. No, no sos Superman.

Es más, tiene el tupé de asegurar que ni siquiera somos Clark Kent. Y uno, como un gil, encima le agradece.

No, uno es simplemente un tipo común, con todas las cosas que son propias de un tipo común, y que al momento de poseerlas lo definen y conforman como tal.

Con una cuota del colegio de los hijos por pagar, con un equipo de fútbol que no gana una, con un auto al que el radiador se suele plantar, lo mismo que los pelos de su cabeza y una panza que no

para de crecer. Con un laburo en la oficina, con unas vacaciones cada tanto, con un dolorcito ahí, justo ahí en la planta del pie, con una habitación que da a la calle con tránsito endemoniado, con horarios para acá y horarios para allá, con alguna factura atrasada...

Un tipo común, sin más ni más...

...Como diría alguno con un pasado en la oscuridad de una panza, del que nada recordamos, y un futuro dentro de un cajón de madera, del que nada sabemos.

Y es en el medio de esos dos períodos cuando uno se pone a pensar en la paz. Que a mi modesto modo de entender las cosas, sería algo que anda por ahí dando vueltas, que somos conscientes de que no poseemos, que deseamos, que añoramos, pero que no sabemos a ciencia cierta qué es.

Porque creo que, lamentablemente, la paz no ha de ser potestad de un tipo común, sino que se trata de un bien bastante esquivo.

Hace un tiempo atrás un compañero estaba dando un curso de

fotografía a jóvenes madres adolescentes en Villa Itatí—Quilmes—buscando generar nuevos canales de comunicación y expresión. Fue entonces cuando al explicar un determinado plano, enfoque, dijo "piensen en algún paisaje" a lo que una de las jóvenes respondió "qué es un paisaje?".

Un término, un concepto que se esfuma, que no puede asirse. No existe otra realidad, no hay otro mundo distinto a los laberínticos pasillos de la villa, ni siquiera la posibilidad de interpretarlo o definirlo, porque se da por hecho que toda la existencia ha de transcurrir ahí. Sólo la Televisión nos muestra otra cosa, pero es ilusión, es fantasía, divertimento y lejanía.

Pausa

Y por casa cómo estamos?

Se escucha en la ciudad el grito de una madre ante la demanda constante de los hijos, "quiero estar un rato en paz". Se recuerda el discurso cínico de unos militares golpistas que según ellos mismos llegaron para "pacificar el país" en medio de la barbarie. Se observa con la boca abierta como la modelo susurra su deseo fingido de "paz para todos".

Alguien puede decir que ha experimentado un real modo de paz? Puede realmente definirla?

En toda esta existencia hay algo que es cierto, y que aunque uno se obstine en negarla, aunque juegue a no nombrarla, la parca acecha. Vestida de

un negro furioso y guadaña en mano está ahí, en el paragolpes del micro que me pasa rozando, en el cable del ascensor, en la mozzarella de la pizzería de la esquina, en el corazón que bombea...y uno, de porfiado que es nomás, meta esquivarla.

Y cada tanto finalmente la fulana alcanza a uno de esos tipos que tuvimos el gusto de conocer. Entonces le zampamos al desdichado una lápida, fría, frígida, inerte, donde se puede leer "Descansa en Paz".

Ahhh, la pelota. ¿Qué es esto? ¿Posee esa frase un carácter descriptivo o más bien imperativo?

Vaya uno a saber, pero si es por mí, la verdad, no se preocupen. Yo no quiero, no. Me gustaría seguir cansándome, aunque sea en beligerancia, en conflicto. Aunque también, he de decirle que puedo cansarme en paz.

Porque mientras para algunos la paz es quietud. Para otros, es movimiento. Porque como dicen por ahí, es cierto, "todos vamos para allá, pero no empujen, me quiero quedar un rato más".

También es cierto que en la muerte uno está solo y quizás esta idea de soledad es la se referencie con la paz. No hay otro con quien estar negociando el momento y el espacio. No hay nadie alrededor. "Búsqüenme donde se detiene el viento / donde haya paz o no exista el tiempo, / donde el sol seca las lágrimas / de las nubes en la mañana. / Búsqüenme, me encontrarán / en el país de la libertad."

Letras

Al igual de lo que me suele pasar con "El País de la Libertad", la canción de León Gieco citada líneas arriba, hay otras que suelen remitirme a una lejana idea de paz, o mejor dicho a una sensación de paz, a momentos. Instantes.

Como aquella que cantaran Los Olimareños "Sentados al cordón de la vereda, bajo la sombra de algún árbol bonachón, vimos pasar..." o la del uruguayo Yabor "He vuelto a atravesar una vez más ese breve y estrecho corredor de luz que me ata

al pasado, que me ríe, que me burla, que me llama y me olvida, ese breve y estrecho corredor... Hasta llegar a los años de mi inocencia, y respirar las flores de la adolescencia, cálidas praderas, infantiles voces, memoria azul."

Ni qué hablar del de los acordes y versos de "Barro Tal vez", de Spinetta "Si no canto lo que siento, me voy a morir por dentro / He de gritarle a los vientos hasta reventar / aunque solo quede tiempo en mi lugar.

/ Si quiero me toco el alma / pues mi carne ya no es nada / He de fusionar mi resto con el despertar / aunque se pudra mi boca por callar.

O temas de películas como la de Forrest Gump, o Intermezzo de Caballería Rustinaca...

Me doy cuenta de que en todas está presente la idea del tiempo. Y de nuevo, la nostalgia o la idea de lo que se viene... pero puesto a elegir me quedo con "Sigue tu camino" de los Auténticos Decadentes

Te caíste al agua y el barco se va
y ahora te acordas que no sabés nadar
será mejor que aprendas pronto y que te guste
vos corras la liebre y te come el león
pero de este sanguuche sos el jamón
el tiempo vuela y es mejor que lo disfrutes
que no te importe ni la vida ni la muerte
ni la bueno o la mala suerte

“Porque mientras
para algunos la paz es
quietud. Para otros,
es movimiento.”

que acompañará tu andar
sigue tu camino sin mirar atrás
no busqués la calma, no existe la paz
revelate a la pereza y al destino
sigue tu camino sin mirar atrás
no te hechés a menos, estírate a más
no dejés que te pase el ganado por encima

Palabras sueltas

En este juego de la escritura, uno bien puede refugiarse en las cosas que otros han escrito o dicho sobre la paz, que superan en parte al bicho ese con buena prensa de la paloma y su rama de olivo, o a las tarjetas de salutación de fin de año, esas que dicen “paz y prosperidad para ti y los tuyos”.

Entonces puede largarse a hablar de la paz y decir algo así como “No hay camino para la paz, la paz es el camino”. Esto suena cuanto menos interesante, y puede –de acuerdo a quienes sean nuestros interlocutores- llevarnos a ser el centro de la reunión esa noche, más si después tiramos un “como bien dijo Mahatma Gandhi”.

Ahora bien, en realidad si lo pensamos un poco nos daremos cuenta de que no habremos dicho nada de nada. Porque a fuerza de ser sincero, uno puede reemplazar el término paz, por Justicia, por Amor, por Equidad, etc. etc.

Es más, esto puede ser un ejercicio interesante, dado que con cierto entrenamiento podríamos adaptar la frase a una amplia variedad de reuniones y seguir destacándonos. Incluso llegado el caso pueden incluirse determinados nombres propios “no hay camino para Natalia, Natalia es el camino” y avanzar varios casilleros en la conquista de la Srta. en cuestión.

Es cierto que en esto de las frases uno se siente más próximo al “que nadie se haga ilusiones de que la simple ausencia de guerra, aun siendo tan deseada, sea sinónimo de una paz verdadera. No hay verdadera paz sino viene acompañada de equidad, verdad, justicia, y solidaridad”. Ajá, esto está un poco mejor, pero quien lo dijo representó a una institución que ha distado a lo largo de su historia de ser una institución pacífica. ¿O no? Salut Juan Pablo II, sigamos.

Ahora bien, ¿se imagina a Ud. Viviendo en paz?. Es la paz algo material “me compro la casa y estoy en paz”. O acaso tiene más que ver con algo íntimo, personal como del estilo de “corté con Raúl porque quiero un tiempo conmigo misma, estar en paz conmigo misma”.

Esta última frase es de cosas absurdas que uno suele escuchar. Es como si uno anduviera por ahí gritando “Luis, dónde estás Luisssss”, porque resulta que se está buscando a uno mismo.

Dejémonos de joder, la paz no existe, no puede existir, no se puede definir sino como la ausencia de... y aquel que refute,

bueno, que arroje la piedra si está libre de culpa y que levante la mano si puede decir que vive en paz.

La paz me suena a status quo, a parálisis, a una quietud insoportable. Lo bueno de pellizcarse un huevo cada tanto es que uno reconoce en el dolor la experiencia de estar vivo. Esta frase es mía, no es de Gandhi, ni de la Madre Teresa, ni de Confucio, es mía.

Personalmente creo que la paz es una pausa. Eso. Y está bueno un descanso, pero lo malo es confundirlo con un estado de bienestar absoluto. Un tal Voltaire dijo “Sí, la tranquilidad es una cosa buena, pero de la misma familia que el tedio”.

Hay un momento de ocio que es parte de la acción, del acto de crear. El ocio perpetuo sería cuanto menos insoportable. Una vida de paz y armonía (parece slogan de laxante), si uno tiene conciencia de que su paso por este mundo tiene fecha de vencimiento, sería una verdadera afrenta a la vida. □



“Adiós a las armas” - Christian Alejandro Saulo Palles - 3 cr. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

Noviembre de Cuentos y Plástica

Como hace ya varios años, noviembre es para quienes hacemos **Crepusculo** y estamos en la **Fundación Tres Pinos**, un mes de festejo. Y este noviembre no fue la excepción.

Primero nos juntamos en el **Centro Cultural Borges** para realizar la ceremonia de Premiación de nuestro **VII Concurso Anual Internacional de Relatos**. Hasta allí se acercaron algunos de los participantes quienes pudieron encontrarse con los miembros del jurado Vicente Battista, Gabriel Bellomo y Jorge Sagrera

Entre más de 300 obras recibidas, resultaron ganadores:

1º Premio: “Una Ausencia Varias Madrugadas” de Mariana Silvia Bona

2º Premio: “El Laberinto de Borges” de Jerónimo Alayon Gómez

3º Premio: “Titanic” de Roni Bandini

Menciones de honor “El Juego de los Errores” de Eduardo Kadener - “Perímetro de Caza” de Alejandro Olgiatti - “La Vida es Riesgo” de Marcela F. Vidal - “Título” de Horacio Rodio - “Epidemia” de Raúl Blázquez - “El Poeta ya no se fue de Italia” de Beatriz Actis - “Mejor Callar para Siempre” de Ariel B. Acosta

También fue el **Centro Cultural Borges** el lugar elegido para la ceremonia de Premiación de nuestro **IV Concurso Anual de Artes Plásticas**. Organizado en dos categorías los ganadores fueron

Categoría Educación

Primer Premio: “**La educación como la luz**” - **Francisco D’Antonio** - C.A.B.A.

Segundo Premio “**Los nuevos desafíos de la educación**” - **Diego F. Ponce** - Isidro Casanova, Bs. As.

Menciones de Honor: “El líquido del conocimiento” – Regina Romano- Tristán Suarez, Bs. As. “Mandatos grabados” – Mercedes Lagunge- Alta Gracia – Córdoba. “Grito plástico” – Mariana Hidalgo- La Plata – Bs. As.

Categoría Pasión

Primer Premio “**Y finalmente te encontraré**” - **David Guzmán Guzmán** - Lima, Perú

Segundo Premio: “**Sin título**” - **Mario Calvo** - C.A.B.A.

Menciones de Honor: “Conexión Vip” – Alexandra Rubio Rosique- Murcia, España. “La pasión por proteger la belleza” Diego F. Ponce - Isidro Casanova, Bs. As. “Alegria opacada” – Roberto Brandan-Florencio Varela -Bs. As.

El jurado estuvo integrado por **Virginia Piñon, Massimo Scaringella y Juan Astica**.

También fue este el día en que tuvimos el gusto de reconocer el trabajo desarrollado por **Juan Diego Pérez La Cruz (Venezuela)** y **Duane Bahía Benatti (Brasil)**, quienes fueron seleccionados entre más de 80 postulantes de distintas partes del mundo para la **Beca de Arte de Fundación Tres Pinos 2012**, y trabajaron durante 6 meses en la Sede de **Tres Pinos** bajo la dirección de **Juan Astica**.

A quienes quieran ver la calidad de los trabajos que han resultado premiados en ambos concursos, les recordamos que pueden visitar nuestros sitios web www.fundaciontrespinos.org o www.revistacrepusculo.org donde podrán leer los relatos y observar las obras. Además podrán conocer las condiciones de nuestra Beca de Arte. Los esperamos.

Cuentos





SOY LA PAZ

Por Miriam Nápoli

Existió un tiempo donde mi nombre no se pronunciaba con pesar, donde mi existencia no era implorada. Estaba allí y formaba parte de lo conocido, apenas era una anécdota aquellos días en que faltaba, casi inimaginable e inenarrable un mundo como ese. No había rastro y por ende amenaza de que esos días volviesen.

Así, plena y orgullosa de lo que había conseguido, embriagada por el perfume de los cipreses que viajaban por el aire libre e incorrupto, me fui sin pensar lo que hacía, ni queriendo saber lo que cambiaría.

Creí que ya no era parte de lo que había creado, un mundo de hermanos de lazos más fuertes que la duda y sus intrigas. Creí discípulos de mi forma de actuar, y los abandoné creyendo que no sentían. Que todo seguiría igual. Después de todo ¿Por qué no confiar en mi legado?

Pero mi ausencia estando presente se convirtió en su condena porque estaba convencida que mi presencia en la evocación era advertida. Que yo no pudiera verme no significaba que fuese invisible, sin embargo creer que era solicitada me era aún más imposible. Abandoné al abandonarme. Y me arrepentí cuando ya era tarde. En un segundo, un instante se desandó una eternidad. Volví cuando advertí que la fuerza del vacío había ganado terreno. Tristemente el miedo hizo el resto. La oscuridad llegó hasta el fuego, la pólvora impregnó el rocío. Ahora eran hijos de las cenizas, descalzos como humo en neblinas, como oscuridad entre luces. Yo era un vago recuerdo. Casi un mito. Corrí para abrazarlos pero ya no me reconocían, el abismo los encontró y

me sepultaron en el olvido.

El sonido mudo de la noche extendió el tiempo de los sueños. Donde se daban los recuerdos se engendró la confusión, se materializaron los laberintos y se perdió más de lo que se ganó en los comienzos. El tiempo fue poco para reponer la lucidez de esos recuerdos, el mundo se alteró, el futuro pareció seco y la vida se hizo larga.

No es bueno mirar a través de la oscuridad, no es bueno llamar a las sombras, el cielo arde en la piel y la tierra muere. Mejor esperar al vuelo de la alondra para ver más allá. Hay esencias hechas para sobrevivir. Se enciende la memoria a través de un aroma dulce. La imagen que el perfume gravó allí, vuelve para mostrarnos dónde estamos y donde estuvimos. ¿Me recuerdas? Soy a quien le has negado volver a reinar pero no le has negado trono. Resiste. Es tiempo de tener fe, que el mundo brillará. Que todo tendrá sentido al fin, la pausa, los hechos, el silencio, el caos, la visión...

La sublime sensación de desapego ha claudicado. Ha acallado a los fantasmas y ha perpetuado el reflejo de los nobles ojos de mis hijos. Se ha rasgado el velo oscuro y así retrocederá la penumbra.

Nos queda un extenso camino por recorrer, porque injustamente fue alto el precio del descuido, y hoy es necesario que siempre sepas que aquí estoy; necesario para ver que también estás. Estoy en cada uno de ustedes. Sólo así existo. Sólo así la nueva vida contará el mito de la guerra. Pero no me olvides ni un por un instante. Soy La Paz. □

“Unamos los pueblos” - Graciela Fernández - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

CACERÍA

Por Pablo Pedroso 3er. Premio
VI Concurso Anual de Relatos Crepúsculo 2011

Junio. Es un domingo gris y frío. Me estoy vistiendo, sin prisa, aburrido. Me asomo por la ventana de mi habitación, ausente de curiosidad. Veo un gorrion aferrado a una delgada rama de uno de los tantos árboles de la vereda. Parece una bola de plumas, gordito, muy manso, muy quieto, sufriendo el día, perdido entre las ramas de un paraíso sin hojas.

Tic tac, tic tac. El tiempo pasa, el gorrion sigue ahí y yo lo miro aún sin terminar de vestirme. No sé quién está más quieto de los dos. No llego a ver sus ojos y no creo que él vea los míos. De pronto algo me enciende, busco en el placard y encuentro el rifle de aire comprimido que me regaló el abuelo. Reviso tres cajones hasta que doy con los balines. Cargo el rifle, abro la ventana; el frío me pega en la cara y me hace pestañear. Vuelvo a mirar la rama del paraíso: el gorrion sigue ahí. Le apunto pero no disparo. Mi corazón se acelera y no quiero que esta sensación dure tan sólo un segundo. Espero y me deleito. Ahora le apunto a la cabeza que apenas asoma, luego un poco más abajo. Busco o hago tiempo, no sé. Quiero que trate de salir volando, que no sea tan fácil. El viento mueve la rama. Pum. Disparé. Él no había intentado nada pero yo empezaba a aburrirme.

Me termino de vestir y salgo a la calle, recojo el cadáver del gorrion y lo coloco en una bolsa de papel. No hay nadie en la calle, ni siquiera una vieja barriendo hojas. Vuelvo a casa a terminar de preparar las cosas. Pongo en marcha la combi y dejo la bolsa sobre el tablero. Me divierte ver la bolsita de papel con el gorrion dentro que comienza a vibrar por el temblequeo del motor, me causa gracia pensar que está vivo y que se quiere escapar.

Llego a las vías y estaciono la combi cerca del puente, un poco oculta detrás de unos matorrales. Camino pegado a las vías unos cincuenta o sesenta metros, me cercioro de que nadie me vea y dejo el gorrion en una zona de pasto ralo. Guardo la bolsa de papel en el bolsillo y vuelvo a la combi con prisa. Me acomodo en la parte trasera, cierro las cortinas de las ventanillas y asomo el rifle por una mínima rendija. Espero.

¿Será un gato? ¿Será una rata? Pienso en esa boludez durante

un tiempo largo. Sigilosa, por las vías, aparece una rata, gris, horrible. Pasa por debajo del alambrado, se frena y olfatea; se para en dos patas y vuelve a olfatear elevando su hocico todo lo que puede. Le apunto. De un brinco se lanza sobre el triste pajarito muerto. Disparo. Fue inmediato. El cuerpo de la rata quedó volcado sobre el gorrion. Me relajo, dejo pasar un par de minutos. Bajo de la combi y camino hasta llegar junto a la rata muerta. Su panza es blanca. Le veo los dientes y unos bigotes que parecen de alambre. Ya no le tengo miedo. Con un palo la volteo y la alejo del gorrion unos centímetros. Acercó el palo a la cabeza de la rata, lo mantengo casi inmóvil por varios segundos hasta que me decido y le doy un golpe seco, y uno más. No hay dudas de que está muerta. Saco la bolsa de papel y vuelvo a guardar el gorrion, retuerzo la bolsa para que no se abra con facilidad y la arrojo con fuerza al medio de las vías.

Vuelvo a la combi (hace más frío). Guardo el rifle y preparo la carabina para lo que vendrá. Me acomodo otra vez, la misma rendija y el dedo acariciando el gatillo, atento. Pasa un tren hacia Retiro con pocos pasajeros, se cruza con otro que va al Tigre y los dos hacen sonar sus bocinas. A lo lejos se acercan tres perros vagos. Saltan de la calle a la vereda y de la vereda a la calle. No encuentran mucha basura que revolver. Son dos perros grandes aunque flacos y uno bien petiso y peludo. Dudo un poco a qué perro apuntarle hasta que elijo al más chico, tiene pinta de ser ladrador insoportable. Sé que debo ser preciso, que necesito un buen disparo. Uno de los dos perros grandes camina por la calle, pasa a un metro de la rata muerta pero no la ve. De los otros dos es el chiquito el que la descubre, frena su marcha y se para muy cerca de la rata. El otro, curioso, se arrima atravesando mi línea de fuego. “Debo ser preciso -me repito-, necesito un buen disparo”. Los dos perros me dan su perfil, el grande amaga con acercarse a la rata pero no se decide. El chiquito, más curioso o menos cobarde, se arrima un poco más. Este es mi instante, puedo verlo bien, le apunto al centro de la oreja, ruego que el proyectil atraviese esa mata de pelos y estalle su cabeza. Pum. Da un largo gemido y cae, su pata trasera se sigue moviendo a sacudones. Su lamento se hace eterno. El grandote recula tres o cuatro pasos y sale corriendo con la cola entre las patas. El otro perro, que tenía medio cuerpo metido dentro de una bolsa de basura, se asoma sin saber bien para dónde mirar, cuando siente que yo abro la puerta de la combi se da cuenta de que lo mejor es rajar. Me acerco con cierto apuro, llevo la carabina conmigo. El perro da dos o tres sacudones más. Mi primer tiro le entra por el cuello, el otro, en el medio del pecho.

Dentro de poco será de noche. Lustro la carabina mientras espero, cuando pienso que es un mal día para cazar aparecen dos

pibes en bicicletas. Charlan, andan rápido, ni se enteran del perro muerto y desaparecen doblando en la primera esquina. Más tarde veo venir a un cartonero que arrastra un carro donde amontona las mierdas que encuentra por ahí. Frena junto a un árbol y carga una pila de diarios que alguien dejó abandonados, inspecciona entre unos yuyos altos pegados a las vías y encuentra un poco de alambre que arroja a su carro sin mucho entusiasmo. Se acerca, de a poco, hacia la zona donde lo espera el perro muerto. Lo veo a través de la mira de la carabina, unos cuantos harapos lo protegen del frío y no me permiten precisar si es joven o viejo, ni siquiera sé si es rubio o morocho. Tampoco me importa demasiado. Camina por la calle arrastrando los pies, cansado de hoy o de siempre. Llega hasta donde está el perro muerto pero sin mucha curiosidad. Se detiene, agarra un palo que asoma de su carro y se lo clava al perro un par de veces. Le apunto. Da un paso más y se queda. Disparo pero justo en ese momento, como un milagro, como si supiera, él se agacha. La bala le debe haber pasado por encima de la cabeza. En un solo movimiento gira su rostro y mira en dirección a la combi. Le veo el blanco del ojo. Disparo otra vez. No hizo falta más.

Me tuve que quitar el abrigo, entré en calor (cargar al tipo, pasar el alambrado y colocarlo sobre las vías no fue fácil). Dejo la carabina y preparo el fusil Mauser, le cargo las cinco balas de rigor. Salgo de la combi y subo al terraplén del puente para poder ver mejor. Siento un silbato, el tren que viene desde Retiro va deteniendo su marcha; el chirrido de los frenos no deja de sonar. Sigiloso llega hasta donde está tirado el cartonero, atravesado en las vías. Un último resoplido marca que su andar se detuvo. Por un instante todo está quieto hasta que una de las puertas por fin se abre. El guarda baja con una linterna en la mano. Unos cuantos pasajeros se asoman por las ventanillas, un tanto curiosos, un tanto molestos. Apunto pero no me decido a qué dispararle. El guarda mueve su linterna de un lado al otro, entre las ruedas del tren, mientras avanza por las piedras con bastante dificultad, con miedo quizás. “Las presas huelen al cazador”, decía mi abuelo. Mi corazón se acelera: es el momento de disparar. Pum... Pum... Pum... Pum... Pum... Los cinco tiros, todos al mismo lugar. Escucho el ruido de las balas pegando en el techo de metal de la cabina del conductor, luego ni un grito, nada más. Me río. El tren no se movió. □

LA CONTRACARA DE LA PAZ NO ES LA GUERRA

Por Javier F. Luna

Para empezar, propongo imaginar una situación, una escena, que transmita paz.

A mí se me ocurre esta: Hay una habitación, un sofá cómodo y un niño que se acaba de dormir. Estaba en el límite de sus fuerzas, había pasado ya las fases de la hiperexcitación, la del capricho y la del llanto. Ahora tiene la cabecita apoyada sobre un almohadón y las piernas recogidas en posición fetal. Con las sienes todavía húmedas de sudor, respira tranquilo, absolutamente relajado. La habitación está en silencio.

(Me gusta. Me vino también la imagen de un lago, un lago pequeño cuyos límites montañosos son visibles desde cualquier orilla, un lago de agua sana, sin movimiento. Pero la imagen del chiquito que duerme me gustó más.)

Guarden ahora sus propias imágenes para recordarlas cuando quieran, que siempre es grato tener a mano postales como esas en la memoria. Permítanme seguir con la mía por unas líneas más.

En el silencio de ese cuarto, cuando el niño está a punto de entrar en un sueño más profundo, alguien lo zamarrea con fuerza hasta despertarlo. Sobresaltado, reacciona llorando a grito limpio, por el susto, lógicamente, y por el sueño. Sobre todo porque está muerto de sueño y necesita dormir. Pocos minutos después, la mirada le pesa, se le cierran los párpados. En el mismo instante

recibe un cachetazo. Hay alguien que quiere que el niño no duerma. Y no va a dormir; porque cuando la criatura, ahora sentada en el sillón, descansa el mentón sobre su propio pecho, una nueva bofetada (como una pedrada en la superficie de ese lago calmo) lo trae a la vigilia.

¿Qué emoción genera esta escena? ¿Rechazo, impotencia, compasión? A mí me produce todas esas, diría que sucesivamente. Pero hay una sensación que me queda latiendo adentro, después de todo: **ansiedad**.

Avancemos más rápido.

La escena se repite hasta que el chico se olvida de que necesita dormir. Lo han hecho entrar en la vigilia a los golpes y por fuerza y porque el tiempo pasa - ¡mírenlo, ya es un adolescente!- ha aprendido que pretender dormir en paz es, justamente, cosa de chicos. Incluso cree que descansar en paz ¡es estar muerto! Ya no advierte que el insomnio no es un estado ni deseable ni normal. Sin embargo, por momentos intuye que algo no está funcionando bien. Siente un hambre, una sed constante, una necesidad que sacia parcialmente con cosas que a la vez lo mantienen despierto, cosas siempre nuevas: novedades. Las busca, las ve, las compra, las come, las usa... Nuestro niño insomne ahora es un hombre ansioso y su ansiedad está al servicio de la **economía de consumo**.

Lo mismo es decir que nuestro pobre niño ya es un hombre **adaptado**.

Algunas Razones para hablar de Ansiedad

Nos referimos a la paz y yo hablo, de pronto, de la ansiedad. Tengo varias razones.

Antes de comenzar a escribir este artículo, se me ocurrió consultar a mi entorno -compañeros de trabajo, amigos, parientes, conocidos; tanto hombres como mujeres- cuáles eran las ideas que relacionaban con "paz". Yo había hecho el ejercicio y había limitado las asociaciones a cinco, para evitar que tenga lugar cualquier razonamiento. Encuesté a casi treinta personas entre veinticuatro y sesenta años; una muestra poco significativa, lo sé, pero que me permitió sacar algunas conclusiones.

Como la consigna era de **asociación libre**, en la lista hay un buen surtido de palabras de color y tono variado que, no obstante, pueden separarse en cuatro grupos generales. Sin rigor estadístico y muy brevemente, cuento a continuación los resultados.

Casi un cuarto del total de las palabras responde a la imagen convencional de la paloma blanca con una rama de olivo en el pico ("paloma", "ave", "olivo", "alas blancas", etc.). Una porción menor, resultado de una interpretación más lúdica del ejercicio, tiene elementos como "Carlos Paz", "fútbol", "Gral. Paz y Aizpurúa

(¿se cortan?). El tercer conjunto es el más amplio: casi la mitad de las respuestas apunta a situaciones o lugares alejados de la cotidianidad: desde **escenas ideales** ("niñez", "los sesenta") hasta las vacaciones. Finalmente, una décima parte de las entradas de esta lista, o poco más, reúne nociones como "paz interior", "equilibrio", "dios". Cabría apartar en un quinto grupo algunos antónimos que giran en torno a "guerra", aunque bien este podría ser un subconjunto del grupo de las convenciones.

Todas las respuestas son interesantes y dan pie para reflexionar desde distintos puntos de vista. Pero quiero detenerme en el grupo más grande, el tercer conjunto que mencioné antes. El que se relaciona antes que nada con el **deseo**.

Centrándonos en la paz "de" las personas y dejando a un lado la paz "entre" las personas (o los países), no sorprende que en la mayoría de los casos la idea de paz se conecte con hechos idílicos. Conuerdo en que un estado de paz siempre es ideal, en

el sentido de que es lo mejor para la vida de uno. Ahora, que ese estado sólo pueda imaginarse como algo ajeno a la propia vida, distante en tiempo y espacio, diferente de lo que elegimos (?) vivir, es llamativo. Cuatro ejemplos: la oficinista superadaptada que sueña con estar de vacaciones, el estudiante que quisiera haber nacido en los sesenta, y el sesentón que añora esa misma época, la abogada que renunciaría a todo si pudiera ser niña otra vez. Todas personas que desean, que entienden a la paz, o mejor dicho, la sienten, como sinónimo de un deseo por fin cumplido. Y, a la vez, personas que ven frustrado su deseo permanentemente, casi a diario, por demasiado lejano, o por imposible. En el hueco que deja la frustración del deseo, cabe la compulsión, la búsqueda incesante de algo que no se sabe qué es, la decepción, y la ansiedad como un estado del cuerpo y de la mente, que opera como consejera, o directamente como gobernante.

Hasta acá una interpretación-descripción-digresión de los resultados de mi pequeña encuesta. Para ahondar en las causas de ese estado de intranquilidad y disgregación que es la ansiedad, quisiera hablar un poco más sobre ese "alguien" que golpeaba impiadosamente a nuestro niño. Por lo menos, de una de sus caras: **la sociedad de consumo**.

La Cara que Vende.

En la sociedad de consumo lo importante para la economía y para las relaciones sociales es que haya mucho consumo de muchos bienes y muchos servicios. (Hay cantidad de material valioso sobre el tema, y como este artículo se orienta hacia otro lado, no voy a extenderme con definiciones.)

Desde los comienzos de la producción en masa, allá por el lejano siglo XX, lo que hoy llamamos sociedad de consumo ha ido **mutando** en sus características más superficiales, y ha profundizado las de fondo. Suponiendo que todos más o menos estamos advertidos sobre el impacto que tiene en las personas esta manera de entender la economía y la sociedad, voy a detenerme en dos ejemplos de esos cambios que llaman mi atención.

El primero, uno de los pilares del sistema, **las modas**, que antes duraban el tiempo suficiente para instalar un producto generalmente estacional, sufrieron cambios radicales. Fuera de algunas industrias que todavía conservan esa lógica, la aparición de las nuevas tecnologías ha hecho de la novedad algo casi diario. El grito de la moda tecnológica se volvió un alarido constante.

“Casi un cuarto del total de las palabras responde a la imagen convencional de la paloma blanca”

Todas las semanas hay un nuevo producto -con forma de teléfono o de computadora, todos con pantalla, o software o...- que desplaza al resto. Lo que hace que nuestro deseo, nuestras necesidades, se desplacen de un punto a otro con el mismo ritmo enloquecido. (Artículo aparte merece las nuevas formas de comunicación que esas tecnologías permiten y modelan. La hiperconectividad es otra cara de aquel “alguien”, otra agravante de la ansiedad, tal vez la más directa en estos días.)

Otro pilar que varió es **la publicidad**. El ataque continuo de imágenes que venden. La omnipresente publicidad, explícita o tácita, siempre nos ha hablado de un pasado con sentido y de un futuro que, aunque pudiera no tenerlo -eso no es lo importante-, puede ser mejor si compramos. En general, cuando habla del presente, lo hace para insistir sobre nuestras supuestas **carencias**. Bien, todo esto se sostiene en el tiempo, lo que varió fue el tono del ataque. Un ejemplo concreto: unos meses atrás, un instituto de enseñanza de inglés empapeló varias zonas de Buenos Aires con un cartel que decía, palabra más o menos, que si no sabes inglés no existís. La frase estaba ilustrada con la imagen de una reunión de trabajo con dos personas normales y una tercera “cosa” que llenaba un traje, pero que no tenía cuerpo, como un hombre invisible. Un espanto.

Lo que habitualmente se decía con cierta sutileza, ahora se dice brutalmente. Estamos tan acostumbrados a ese mensaje subliminal, a sentirnos inconscientemente carenciados -los publicistas lo saben-, que se vuelve urgente mandar un mensaje más fuerte, más directo, más agresivo para que tenga impacto. (La **agresividad**, gracias al idioma anglosajón, se ha vuelto para nosotros sinónimo de dinamismo, proactividad, capacidad. Y así interpretada, esta palabra se transforma en un eufemismo. Se habla de campañas publicitarias agresivas, fuerza de venta agresiva, y hasta de empleados con perfiles agresivos cuando la realidad demuestra que estas estrategias o campañas o personas son violentas, invasivas, crueles.)

En medio de los cambios naturales y forzados que atraviesa este fenómeno mundial cuyas características se nos hicieron carne, estamos las personas. Y nuestra ansiedad.

Muchos, para llenar fugazmente el hueco del que hablábamos, consumimos. Aprendimos que consumir es la mejor forma de hacerlo. Y funciona (a la vista de los demás funciona, internamente no cambia nada. En esa lógica de sentirnos completos en función de una mirada ajena entran por la puerta grande las redes sociales, pero dijimos que eso es materia de otro artículo), por eso es necesario tener dinero para seguir consumiendo, para calmar la ansiedad. La **espiral** es ascendente e infinita. Trabajar para consumir, consumir para ser aceptado-adaptado, estar adaptado para poder conseguir un trabajo para pagar lo que se consumió y para poder seguir consumiendo, para...

El sistema se retroalimenta solo. O mejor dicho, se alimenta de nosotros.

Por supuesto, el ritmo de consumo que impone el mercado -el mercado somos todos, queramos o no- no es ni nuestro ritmo individual de trabajo, ni de ingresos, ni de vida.

Así, retomando de alguna manera las ideas que se plantearon en números anteriores de esta Revista (Ansia; Carencias), el niño, devenido en adulto ansioso, en esta sociedad que construimos, es también un carenciado. O sea, una persona que no tiene satisfechas sus necesidades, sus deseos, porque siempre hay nuevas, porque siempre hay más. Aquel niño-consumidor es, entonces, una persona que vive en el terreno de la **inestabilidad**, como una hormiga a la que le giran el palito permanentemente.

Una Dicotomía insalvable

Nos hemos vuelto, y conviene que seamos, antes que nada, consumidores. Poco menos que todo, lo tangible y lo intangible, hoy puede ser visto como productos y servicios en oferta para consumir. La paz también.

Pero hay otro modo de ver las cosas. Uno en el que la paz implica comprometerse con lo que somos; con nuestra realidad aquí y ahora, sin preocuparnos por el pasado ni desentendernos del futuro. Un modo en el que paz significa situarse con humildad en el lugar que nos toca en el universo y también en la sociedad -con humildad, sí, pero con la conciencia de ser partícipes imprescindibles-. De esta manera, la paz une, forma un círculo de equilibrio en el que los extremos se entrelazan en valores profundos y en el que la paz “de” las personas puede ser, en fin, la paz “entre” las personas.

El consumo, vivido como principio rector de las relaciones sociales, conduce a todos los desequilibrios mencionados; la ansiedad es el síntoma que se vuelve crónico. La compulsión consumista fragmenta, disgrega, nos hace hedonistas, individualistas en el más estéril de los sentidos, arma un todo en el que los fragmentos no se integran, sino que dan vueltas sobre sí mismos y para sí mismos.

Paz y sociedad de consumo constituyen, desde mi punto de vista, una dicotomía insalvable. ¿Nos daremos cuenta? □



Sobre la Paz “Comunidad” - María Gabriela Ayala - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

PEQUEÑAS GUERRAS DE LA MEMORIA

Por Eloy Enrique Rondon

La soledad se prendió de los rincones donde despacio caminan mis ojos, valiéndose de las manos que limitan la memoria. Por eso nunca pude comprenderla, ni a mis amigos de siempre, qué se yo. Comprendo que es necesario revivir a Sol. No podría dejar de evocarla en estas tardes calurosas, escucho su risa, sus historias y la Habana por supuesto. Ciudad de luces antiguas serpenteada de un malecón con el rostro suave, grandiosas avenidas donde fue joven alguna vez y con seguridad encontró la paz que no tengo. La imagino por la calle Obispo llenando de asombro sus pupilas entre columnas romanas y museos de pintura. Aquí los caminos desaparecen en estrechos callejones sin paz ni salida, muchas veces tengo la impresión de vivir en un verdadero laberinto. Mi vieja casa colonial se convierte en descanso para todo artista, creí que la paz llegaría sola entrelazando lo solitario y lo bello de las rosas blancas, de los pétalos entre las páginas más queridas. Seríamos un refugio abierto a la bohemia en nuestras calles de piedras, razón cierta para la vida y la búsqueda. Las habitaciones

eran grandes, blancas, estaba seguro que la paz tocaría nuestra puerta, a cortos espacios como un abrazo enorme. Fuera de estas paredes todo era un caos, escuchabas la música de salsa constante, sentías los gritos, los golpes, el llanto, los silencios, los coches de patrulla, niños descalzos y felices, algún bolero. Nos esmeramos con las velas encendidas que motivaron la paz, la alegría de compartir la mesa, bendecir el pan con la mejor de las ganas, y llenar de violetas los jarrones. Sol hacía de cada mañana una bendición inevitable, los domingos se engalanaba cuál máscara de fiesta formando una algarabía, una sorpresa por lanzar romerillos a mis sábanas o agua bendita a todas las paredes. Lo recuerdo como los propios repiques de las campanas, tienen un raro leguaje que no pasa inadvertido, a veces es bello o triste. Otras melancólico o bien alegre. En su cuerpo de bronce hay una porción de oro y plata que le ayudan a gritar o hablar en susurros entrelazando la oración de la virgen y el ángelus cada atardecer. Todo lo aprendí de Sol y con los demás amigos encontrados por

los muros de esta ciudad. Visité la iglesia y tampoco estaba la paz, más bien las ganas de juntar los horizontes lejanos, las balsas cabalgando el mar caribe, los amigos que nunca podrán volver a la isla, por eso me mantengo firme en mi idea de encontrar la paz sin condiciones para que nadie se rinda y esta idea nos salve. La casa en otros tiempos se estremeció con el miedo, cercada por guerras sin sentido, animales abandonados, niños que preferían la soledad de una habitación, amigos invisibles, mundos imaginarios como una burbuja. Por eso la pintura en las paredes cada mes, limpieza a fondo en los antiguos salones, cortinas, y mamparas. Cada flor retozaba en los jarrones más insospechados, memoria que no cesa, por cada apretón de manos y algún cuadro en el piso de la cocina. Me voy de vez en cuando con estos pensamientos, ya el tiempo ha pasado y la continuidad de la paz me asombra pero no llega. Contemplo un montículo de tierra que está en el traspatio, tengo miedo de los rosales donde multitudes de hormigas trabajan afanosamente sin importarles mucho que las observe con detenimiento. Caravanas enteras, ocupadas en recolectar alimentos y lo que sirva para asegurar o seguir construyendo sus túneles y trincheras. Ellas también forman parte de la historia, de la nuestra. Sol cuenta del primer asentamiento de hormigas, pequeños incomprendidos que

con el tiempo obligaron a sus habitantes a encontrar otro lugar. Me pregunto si sucederá lo mismo en casa, acá todo puede ser posible basta un movimiento. Hace unos días que Yolanda nos visita, la pena cuando es compartida tiene otro color. Vivirá en adelante con nosotros, después que su cuarto de madera y humedad perdió el sentido porque Cosme no está. Es bueno tenerla, aunque se agita si da de comer a los animales que trajo consigo, una fatiga más allá y no hay remedio. Sus ojos son grandes como las nubes, toman diferentes formas. Tuvimos que viajar a Topes de Collantes por la premura de los días pasados, porque escapo cada vez que puedo para recolectar infinidad de plantas que nunca se adaptan al calor del patio. Más que un recuerdo Yolanda siente el cansancio, sus pies se adormecen. Desde que llegó a casa no duerme, la veo en silencio con el nombre de Cosme en los labios, su cuerpo como un leño triste, claveteado de cobre que en la noche reluce y donde solo la oscuridad azul le arropa. En esta isla no hacemos revivir en el interior la

emoción lenta unificada por la paz, los espíritus, la poesía y el sexo, el regocijo de la ciudad, la gloria del vencedor, el orgullo de su familia y el recuerdo ennoblecedor de la leyenda. En este país no han quedado más que las palabras falsas y un fantasma de la danza que vive en cada lugar. No es una queja, gracias a todo esto sigo subiendo la calzada de Jesús del Monte una y otra vez, recuerdo a los amigos con aquella nostalgia y es cuando encuentro una salida. Pienso en que seremos como un abrazo infinito, un refugio al igual que estas paredes, la paz anhelada. Hoy mi casa está diferente, las enredaderas siguen adueñándose de toda la pared del patio y las hormigas aparecen en cada rincón. Hasta en mi cuarto debajo de la cómoda hay tres elevaciones de tierra, donde ellas siguen una faena que al parecer no tiene fin. Dos campanazos bien simples, dos golpes resonaron por la

villa, vistieron de negro como era la costumbre. Sol lloraba a escondidas en algún lugar de la casa, yo no tuve fuerzas ni para salir del cuarto. No aguanto las multitudes, en ocasiones como ésta siento que estoy fuera de lugar, fuera de un tiempo que a la fuerza hago mío. Aparentando una serenidad que en el fondo no resulta. Aunque todo es relativo, hasta la muerte de Yolanda y sus veinte años esparcidos como el polvo, sin apellido paterno, con nubes en las pupilas y el nombre de

Cosme en los labios. A partir de entonces las enredaderas se hicieron dueñas absolutas de la casa, destruyendo la música del piano y los cuadros en el piso de la cocina. Hoy están por todo lugar, pasan los años y llega la paz como isla perdida en el océano, pesa en mis espaldas pero ya no tritura los sueños. Verano inigualable de un país cada vez más extraño, un país al cual Sol nunca quiso volver. Dejando sus huellas en esta casa olvidada que me abrumba, cuando el tiempo selló sus puertas y no hay más remedio que esperar, porque todos se marchan quién sabe donde. A partir de hoy las puertas y ventanas se mantendrán cerradas, no creo que tenga búsquedas fuera de aquí. Aunque ahora sea su único habitante no importa, presiento que no vivo solo, que estoy en paz. Entre luces y sombras voy recorriendo cada habitación, cada parte de estos días poblados de ágiles hormigas esparcidas con el viento, de enredaderas venturosas donde se han alimentado las despedidas más amargas, donde los toques de campana se pierden en mis memorias. □

“En ocasiones como ésta siento que estoy fuera de lugar, fuera de un tiempo que a la fuerza hago mío. Aparentando una serenidad que en el fondo no resulta.”

LA PAZ JUSTIFICA LOS MEDIOS

Por Matías Di Loreto

La primera vez que invoqué la paz estaba debajo de la mesa del comedor de la casa de mi abuela. Sentado a caballo de dos fierros que allí se cruzaban uniendo las patas de caño, murmuraba asuntos insospechados para mi madre que entonces quiso indagar qué hacía allí. "Dejame en paz" le dije sin prever el tifón que se desataría luego, conmigo corriendo entre las sillas buscando el resguardo de la pollera de la Nona para evitar el castigo ejemplar de mi progenitora.

Años más tarde, otro provecho supe sacarle a la paz. Más precisamente al *beso de la paz*, esa cariñosa práctica que forma parte de la ceremonia de la misa católica, iniciada tras las palabras del sacerdote cuando repite la fórmula "la paz del Señor esté con ustedes. Nos damos el saludo de la paz". En esa época de fervorcito religioso iba a catequesis con una chica de la cual estaba enamorado y a quien buscaba tener cerca para estrechar en ese momento ecuménico. También para escapar o esquivar los ajados y coloreteados rostros de las viejas, quienes podían impregnarte sus perfumes hasta varias horas después del saludo.

De ese ensueño que suele ser para algunos la infancia, fui despezándome aprendiendo -entre otras cosas- nombres y detalles sobre alejados lugares del mundo que iban modificando sus paisajes toda vez que un bombardeo los visitaba: Irak, Kosovo, Bosnia, Croacia, Serbia, Perú, Ecuador, entre otros.

Como definiera Ambrose Bierce en su Diccionario del Diablo, la guerra es el camino que Dios ha elegido para enseñarnos geografía.

Esto lo aprendí más tarde, así como otras cuestiones

relacionadas con ese gran significante que resulta ser la paz.

Por un lado, que hay un costado introspectivo, el de la paz *interior*, que persigue la completud armónica transitando la senda del equilibrio mental para mantenerse discreto frente a las adversidades del mundo exterior. Una gimnasia que a Occidente le cuesta ejercitar y de la que en cambio tenemos noticias gracias al legado de otras culturas y universos de pensamiento que, al mismo tiempo y de manera creciente en los últimos años, tienden a incorporarse al menú estandarizado del capitalismo.

Por otro lado y desde que el post mortem se transformó en un negocio, uno puede brindarle a sus seres queridos una parcela a perpetuidad en los countries mortuorios que se extienden a lo largo del país y que se promocionan como *jardines de paz*, espacios de armonía, reflexión, homenaje y tranquilidad.

Por tanto, la paz se manifiesta de diversas formas y existen tantos modos para acceder a ella como personas.

Así las cosas, en el mundo no todas las personas trabajan mano a mano para la concordia planetaria. Por tal motivo alguien tiene que arremangarse de vez en vez para garantizar la paz mundial, resolviendo escenarios conflictivos. "Si te gusta el durazno, bancate la pelusa".

Así, para quienes trabajan en pos de "de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y promoción de procesos de paz", existe un selecto jurado en el continente europeo que tiene a bien otorgar una distinción por tal motivo, que no solamente se trata del clásico abrazo, medalla y beso, sino que incorpora también un incentivo monetario y un

pedestal desde donde quien obtenga el galardón se agotará de dar conferencias de prensa, tanto como por redactar artículos dedicados a describir la labor propia en favor de la paz y a examinar procesos de pacificación en diversos lugares de la aldea global.

Este estímulo se lo debemos al Sr. Alfred Nobel (1833-96), noruego de nacimiento, químico de oficio e inventor de la dinamita y de la gelatina explosivas, elementos que lo pusieron en una definitiva encrucijada moral, advertido del peligro potencial que implicaban sus recientes y explosivos alquimias. Con las regalías que le valieron sus inventos, instauró la Fundación Nobel que a partir de entonces concedió anualmente premios a bienhechores de la humanidad en los siguientes campos: Física, Química, Medicina, Literatura, y la aquí mentada Paz. Años más tarde, la Economía pasó a engrosar esta nómina.

En Argentina fueron dos las personalidades que obtuvieron el Premio Nobel de la Paz.

En 1936 fue para Carlos Saavedra Lamas, bisnieto de Cornelio Saavedra, presidente de la Primera Junta de Gobierno nacional. Este olvidable "político, diplomático y jurista argentino" -según consignan sus referencias biográficas- fue diputado y Ministro de Justicia e Instrucción Pública (1915) y de Relaciones Exteriores

(1932-1938) durante la presidencia de Agustín Justo. En lo que a pacificación se refiere, Saavedra Lamas recibió el premio por haber inspirado el Pacto antibélico Saavedra, rubricado por 21 naciones y que se convirtió en un instrumento jurídico internacional. Además de su papel como mediador para finalizar la guerra del Chaco que enfrentó a Paraguay y Bolivia, fue quien convocó a la Conferencia de Paz de Buenos Aires para detener el conflicto. Descansa en paz desde el 5 de mayo de 1959.

La segunda personalidad argentina que obtuviera el Nobel de la Paz fue Adolfo Pérez Esquivel, galardonado en 1980 por su compromiso con la defensa de los Derechos Humanos en Iberoamérica. El actual miembro del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) empezó a trabajar con grupos latinoamericanos cristianos pacifistas en la década de 1960, siendo arrestado en 1975 por la policía militar brasileña y encarcelado en Ecuador en 1976. Un año más tarde, en 1977 fue detenido en Buenos Aires y torturado durante 14 meses. Mientras estuvo en cautiverio recibió la Memoria de Paz del Papa Juan XXIII. Ya después del golpe de estado cívico militar, contribuyó a la formación y financiación de los enlaces entre organizaciones de defensa de

Derechos Humanos, además de apoyar a los familiares de las víctimas de la dictadura.

El Tiro Por La Culata

Nuestros pacifistas seguramente se han encontrado en encrucijadas morales, pero no de la talla de la que enfrentó Alfred Nobel en su ámbito de desempeño y que se repetiría en el siglo siguiente. Esta última fue advertida por el físico Albert Einstein en el despiadado ocaso atómico de la Segunda Guerra Mundial.

La relación de equivalencia que este físico alemán descubriera entre masa y energía fue el amanecer del desarrollo de la energía atómica. Mientras que la displicencia en la aplicación de los avances posteriores -especialmente en el armado de una bomba atómica- fue lo que llevó a Einstein a advertir en una carta firmada junto a otros científicos y dirigida al entonces presidente estadounidense Franklin Roosevelt, acerca de la sospecha de que fuera la Alemania nazi la que finalmente concretara un evento de tales características.

“Puede decirse que Einstein murió luchando por la paz, quizás un tanto turbado por el tamaño del agujero del saco en que cayeron sus palabras.”

Sin tiempo que perder, la administración yanqui recogió ese dato y se puso a la vanguardia de la destrucción pergeñando el Proyecto Manhattan (1942-45), que comprendió una serie de investigaciones secretas que dieron como resultado la bomba que

destruyó Hiroshima y Nagasaki, antes de la rendición de Japón.

Ante este fatal escenario y abordado por la traición, Einstein sentenció: "Se ha ganado la guerra, pero no la paz". En un discurso pronunciado en diciembre de 1945 en la ciudad de Nueva York, el científico reconocía el sentimiento de responsabilidad y culpa que le embargaba el pensamiento a quienes como él habían participado de "la construcción del arma más tremenda y peligrosa de todos los tiempos".

Entonces, dijo: "Nosotros ayudamos a construir la nueva arma para impedir que los enemigos de la humanidad lo hicieran antes, puesto que dada la mentalidad de los nazis habrían consumado la destrucción y la esclavitud del resto del mundo. Dejamos esta mortífera arma en manos de los norteamericanos y de los ingleses como representantes de toda la humanidad, defensores de la paz y la libertad. Mas hasta el presente no hemos advertido ninguna garantía de paz ni observado el cumplimiento de las libertades que se prometieron a los pueblos mediante la Carta del Atlántico".

En 1955 (año de su fallecimiento) Einstein firmó junto al científico Bertrand Russell y otras personalidades de la ciencia,

el manifiesto Rusell-Einstein, advirtiendo de la amenaza nuclear en el contexto de la llamada Guerra Fría. Puede decirse que Einstein murió luchando por la paz, quizás un tanto turbado por el tamaño del agujero del saco en que cayeron sus palabras.

Bertrand Russell fue de alguna manera quien tomó la posta en la carrera por evitar futuros desastres humanitarios. En este sentido, lanzó el Movimiento de Pugwash, que reunió a los principales científicos del mundo para que aportaran a sus respectivos gobiernos las maneras y los medios de evitar la guerra nuclear.

Einstein y Russell recibieron el Premio Nobel. Aunque no el de la Paz, sino el de Física y el de Literatura respectivamente. Ambos, también, confiaron en los Estados Unidos de América y en su potencial liderazgo positivo, en tanto que pacificador (en su artículo “Ícaro o el futuro de la ciencia” Russell, señalando una vez más el doble filo de la ciencia, estimó que “la única esperanza firme parece residir en la posibilidad de la dominación mundial en manos de un conglomerado humano, por ejemplo, los Estados Unidos, dominación que llevaría a la formación gradual de un gobierno mundial económicamente y políticamente ordenado”).

A Mi Manera

Por lo que a los Estados Unidos respecta, tanta intervención decisiva en escenarios conflictivos a escala mundial ha hecho que se tomen a pie juntillas el rol de súper héroe del orbe. De esta manera, a la caza de actuales enemigos el siglo XXI tiene al terrorismo mundial como la selecta amenaza que reemplaza al remanido comunismo de épocas pretéritas.

“Todos los que viven en la tiranía y la desesperanza saben que Estados Unidos no ignorará vuestra opresión. Cuando os alcéis por vuestra libertad, nos alzaremos con vosotros”. Claro que la marcha de los acontecimientos en el mundo no siempre se desarrolla de la manera deseada, por lo que en el año 2002 a estas palabras pronunciadas por George W. Bush hubo que inyectarle una dosis de adrenalina y plomo para que la paz sea una realidad.

En su discurso del Estado de la Unión (tradicional cadena nacional que se realiza todos los años ante el Congreso y que es sintonizado por millones de televidentes), el 29 de enero de 2002, Bush hijo traería a colación el lugar de privilegio que ostenta su país: “La historia ha llamado a Estados Unidos y a nuestros aliados a la acción y es tanto nuestra responsabilidad como nuestro privilegio librar la lucha de la libertad”.

Como mencionara anteriormente, el terrorismo mundial se había posicionado como el atajo del apocalipsis luego de que la zona cero del capitalismo fuera derribada el 11-S. La astucia de la administración norteamericana identificaría luego a los posibles responsables y ellos son desde entonces los objetivos a reducir: “Estados como éstos (Irak, Irán, Corea del Norte) y sus

aliados terroristas constituyen un eje de maldad que se arma para amenazar la paz del mundo”.

“Tenemos –evaluaba Bush- una gran oportunidad durante esta época de guerra para guiar al mundo hacia los valores que traerán paz perdurable (...) Buscamos un mundo justo y pacífico más allá de la guerra contra el terror”. También buscaban armas de destrucción masiva que el tirano Sadam Hussein supuestamente albergaba en Irak y por eso emprendieron la invasión, una estrategia de marketing repetida 40 años antes en Vietnam, cuando la gota que rebasó el vaso había sido el ataque a dos buques norteamericanos en el golfo de Tonkin, que después se reconoció como inexistente.

Quizás sea el cambio de era pronosticado por los Mayas o quizás el lobby ha traspasado las bambalinas conocidas de la política vernácula y los negocios, pero lo cierto es que el ritmo de algunas cosas se ha trastocado un poco de un tiempo a esta parte.

La grosería de su proceder ha hecho que Bush hijo no se ganara las simpatías del comité de la Fundación Nobel para que lo galardonaran con el de la Paz. Detalle que sorteó sin problemas su sucesor, Barack Obama, el 10 de diciembre de 2009. En épocas de ataques preventivos, el primer presidente de color de la historia yanqui, fue distinguido por sus “esfuerzos extraordinarios en fortalecer los procesos diplomáticos internacionales y la cooperación entre las personas”, favoreciendo también el desarme nuclear y contribuyendo a un “nuevo clima en la política internacional”.

Años después los cálculos (operaciones de cabecera de Nobel, Einstein y Russell) sobre el accionar de Obama a favor de la paz arrojaron resultados como estos: en materia de política exterior y de defensa, en EE.UU. se ha consolidado un desequilibrio entre militares y civiles visto con buenos ojos por el 44% de su población. Al mismo tiempo, los gastos del Pentágono entre 2001 y 2011 llegaron a la friolera de 6.2 trillones de dólares. Las guerras en Irak y Afganistán demandaron 1.26 trillones de dólares. A su vez, los gastos del Departamento de Seguridad Nacional alcanzaron los US\$ 635.9 billones de dólares. Y, si se añaden los gastos del Departamento de Energía para armas nucleares (US\$ 204.5 billones) se tiene un total de 8.3 trillones de dólares erogados en 10 años.

Si siguiera agregando datos estadísticos, no me alcanzaría el espacio para citar al flamante ganador del Nobel de la Paz 2012: La Unión Europea, por el avance de la paz y la democracia que ha tenido el continente durante medio siglo, y por la unión y apoyo entre países en la reciente crisis económica, donde sendos ajustes son aplicados sin anestesia en países con riesgo económico.

Los bronce de la paz mundial quizás se revuelvan en sus tripas al saber que las próximas generaciones aprenderán una nueva moraleja: la paz justifica los medios. □



“Cadáver exquisito” - Martín Alejandro Cabrera - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

QUE IRENE DESCANSE EN PAZ

Por Ana Serrano

Cuando puedo merodeo por las mesas de oferta de las librerías de viejo, en donde suelo encontrar algún tesoro escondido, mezclado con novelas de amor de Corín Tellado y libros de cocina en los que podemos conocer, por ejemplo, las diez recetas más sabrosas para hacer un buen puchero o las virtudes sanadoras del ajo crudo, sobre todo si se mastica en ayunas después de una noche de luna llena.

Toda una aventura, y sobre todo si el establecimiento es un sucucho escondido en algún barrio y atendido todavía por un viejo librero (quedan pocos) de esos que se acuerda de memoria cuantas ediciones en español tuvo "En busca del tiempo perdido" de Proust y hasta es capaz de ofrecerte una de 1944 editada por Santiago Rueda Editor o la versión bilingüe de "La Enciclopedia" de 1972...

Entre tanta basura que compré, que compro habitualmente y que escondo en la parte más privada de mi biblioteca, lejos de la recorrida inquisidora de alguna visita curiosa que, al grito de "¡prestame algo para leer el domingo! sabiendo que, de acceder al pedido el valioso bien jamás será recuperado y lo que es peor, una recorrida que sólo sirve para criticarme: "Tanto libro y no tiene nada interesante, ni un best seller".

Decía, entre tanto que compré, encontré un trabajito lleno de arbitrariedades y contradicciones que expone la teoría de la visita de los templarios a las sierras de Córdoba (precisamente a los alrededores del sagrado, usado, vendido y disfrutado Monte Unitorco) y su contacto con los Comechingones, mucho pero mucho antes del descubrimiento oficial de América por Cristóbal Colon.

Ahora bien Uds. se preguntaran qué tienen que ver todas estas historias de templarios, comechingones y sierras con el tema que nos ocupa. Les pido un poco de paciencia...

En la citada obra leo

"Cuando el homo sapiens levanta la piedra para arrojarla contra otro hombre o para defenderse del ataque de un animal, realiza su primer acto cultural, pues aun sin agregarle trabajo a

ese trozo de roca, ya esta dándole una finalidad inteligente bien determinada..." Ing. Guillermo A. Terrera El valle de los espíritus" Cap. III Ed. Kier S.A 1989

¿Cómo habrá sido ese primer hombre arrojando por primera vez una piedra a otro hombre, cualquiera fuera el motivo? Defensa o agresión es igual El primer acto cultural con una finalidad inteligente. En la edad de piedra, la piedra es la primera arma. Y según el autor el arma define al hombre moderno.

En el gesto, en la actitud, lo mismo es una piedra, una bomba nuclear, una bomba neutrónica o un arma bacteriológica. Lo diferente esta sólo en la cantidad de muertos.

El hombre contra el hombre.

El Hombre lobo del Hombre decían los latinos clásicos.

Podría contarse la historia de humanidad contando simplemente la historia de las armas. O la historia de las guerras que en definitiva es lo mismo. De piedra, de metal, de pólvora, fusión del átomo, de hidrogeno, de neutrones, bacteriológicas, las armas en todos los pueblos, en todas las culturas en todos los tiempos en definitiva en todos los hombres.

Amos o esclavos, blancos, negros o amarillos, en grandes urbes o en pequeños poblados rurales: Armas, armas, armas...: guerra!!!! De exterminio o de dominación. Fría o caliente, siempre sucia, la guerra por un pedazo de tierra, por una mujer, por un dios único y absoluto o por el mundo.

"¡No hay nada que hacer, los hombres siempre haciendo la guerra!" decía mi abuela -que ya había vivido directa o indirectamente la Primera, la Civil Española, la Segunda, la Fría, la de Corea por citar las más conocidas y alcanzó a enterarse de la de Vietnam- mientras tranquilizaba a unas vecinas catalanas, madre e hija, que asustadas escuchando en Radio Colonia las noticias del bombardeo a Plaza de Mayo en 1955 lloraban desconsoladamente, recordando las bombas sobre su casa en Barcelona y la desesperación por alcanzar un refugio bajo tierra.

Ellas, que huyendo del dolor y el hambre, dejando su casa, sus afectos y sus muertos en un destierro voluntario con la esperanza

de un futuro mejor, revivían sus terrores más profundos y la agonía del recuerdo. Y entonces, asustada también y abrazada a mi madre, único puerto seguro, comprendí la sinrazón de la guerra.

Mejor pensemos en la paloma.

Símbolo bíblico si los hay. Aquella que volvió al arca de Noé en el diluvio con una ramita de Olivo en el pico señal que ya había tierra seca y la lluvia había parado y que simboliza la paz entre Dios y hombres.

Y en Picasso y sus dibujos que crearon un símbolo universal. Y en su hija Paloma

O en la pipa de la paz que fumaban los pieles rojas como gesto de amistad.

O en los pañales-bandera blancos como estandarte en las cabezas canas de las madres y abuelas, las locas de la Plaza. Reclamando justicia para sus hijos y amor para sus nietos, víctimas inocentes de una guerra oscura y sin cuerpos."No están ni vivos ni muertos" dijo en su momento el Dictador "simplemente son desaparecidos". Si no hay cuerpo no hay delito. Si no hay muertos no hay guerra.

O en la confitería La Paz, en la Av. Corrientes.

Corrían los '70. Les cuento con nostalgia, con la nostalgia de la juventud perdida en un universo donde todo era posible. La solidaridad, el amor por el otro, los principios. Si estabas solo, si no tenías nada que hacer te acercabas a La Paz y seguro encontrabas un amigo, un conocido, un compañero de facultad o de militancia. Cualquiera mesa era amiga. Y enseguida se armaba un programa. Una película francesa o rusa en un cineclub o en cualquiera de las tres salas cuyo nombre empezaba con la letra L¹, una peña en Lanús o en Avellaneda, o unas empanadas con vino en la terraza de alguna casa vieja en Flores.

Era lo mismo.

Estábamos juntos, solidarios, convencidos que la revolución era posible y que el mundo debía y podía ser más justo. Creíamos entonces que un compañero era más que un hermano o un amigo. Y transitábamos la vida del brazo, enamorados de la vida. Hasta que llegó la oscuridad. El desparramo. La sinrazón. Y otra vez, en La Paz, la guerra, sucia y de exterminio, se filtra en el recuerdo. Muchos años después volví una tarde a tomar un café. A pesar de que las mesas, las tazas y las cafeteras y los platos y las cucharitas eran iguales a las de entonces la confitería no era la misma y yo tampoco.

Pero ¿por qué hablo de la guerra si me propuse hablar de la paz?

Claro, uno se propone y el papel en blanco dispone. Y las manos juegan en el teclado con voluntad propia. ¿Se entiende la paz si no se piensa en la guerra? Son términos de una misma ecuación. Como el frío y el calor. Como el amor y el odio. Pero

si los separamos y le damos identidad propia a cada uno no significan lo mismo.

Si pienso en la paz salgo corriendo.

"Que en paz descanse" "En la paz del Señor" "Requesquit in pace" RIP. Son las inscripciones más notorias en los cementerios, en las estelas funerarias, en las coronas, en los ritos y ceremonias que hacemos a nuestros fallecidos.

Y como consuelo decimos a sus deudos "Pobre, ya está en paz". Y hablamos de la paz de los sepulcros que no es lo mismo que estar en paz con uno mismo.

Entonces si la guerra está asociada a la muerte, la paz se asocia a los muertos.

Me empanané!

Otra vez empieza el delirio

Empiezo a caminar murmurando alrededor de la mesa para espanto de mis hijos. ¡Otra vez enloquecí! "Decile a la abuela que se acueste" brama mi hija mientras mi hijo, más comprensivo, me invita con una copa de Syrac para que me relaje.

Y mientras me pierdo en mis elucubraciones me acuerdo de Heráclito el Oscuro aquel filósofo presocrático que sostenía "No podemos bañarnos dos veces en el mismo río" porque ni el río ni nosotros somos los mismos. Todo cambia

La vida, lo que vendrá se asegura solamente en la lucha de los contrarios y esta lucha genera el movimiento. "La guerra es el padre y el rey de todas las cosas" decía el Oscuro.

O la madre para hacerlo más femenino.

En consecuencia pienso: Tensión, lucha, conflicto igual: Vida. Vida igual guerra. Me fui a la mierda!!!

Porque si solamente los muertos están en paz, los vivos estamos siempre en guerra.

Está en nuestra naturaleza. Lo natural es el conflicto, la paz es un invento, una imposición cultural. Una necesidad de convivencia.

Para vivir luchamos. Para crecer luchamos, para aprender entramos primero en un conflicto cognitivo, sino no aprendemos, Sin conflicto no hay cambio, no hay crecimiento, no hay devenir, no hay vida. Solo en la muerte encontramos la paz definitiva.

Por eso, mientras vivimos, y en paz con nuestras conciencias hagamos las paces con la guerra y mientras veamos salir el sol todos los días dejemos que Irene² descanse en Paz. □

Notas:

1- Me refiero a los cines Losuar, Lorreine y Lorca

2- ειρήνη en griego antiguo Paz



Beca de Arte Fundación Tres Pinos

Por Patricia Bava

Este año, la Fundación Tres Pinos puso en marcha su beca de Arte. Entre aproximadamente 80 postulantes, el Presidente de Tres Pinos, Ricardo René Cadenas, el curador internacional Massimo Scaringella y el artista plástico Juan Astica -Director de la Beca- seleccionaron como becarios a Juan Diego Pérez La Cruz (Venezuela) y Duane Bahía Benatti (Brasil).

Ambos jóvenes artistas desarrollaron sus actividades en la Oficina Taller que la Fundación Tres Pinos posee en el Centro Cultural Borges, y durante el mes de octubre realizaron en dicho Centro la exposición correspondiente a su estadía y formación en nuestro país, presentado sus trabajos como Becarios.

Crepúsculo estuvo un momento con ellos, y al pasar fue tirando una serie de palabras disparadoras sobre las que ellos dijeron algunas cosas.

Descubrir de la vocación: Duane dice: *“En mi caso la vocación surgió desde niño, pero fue a los 20 y pocos años que tomé la decisión de estudiar arte y trabajar como artista”*, mientras que Juan Diego acota: *“Desde muy pequeño tenía un cuaderno de dibujo donde practicaba todo el tiempo, trataba de copiar los dibujos animados creando historias y personajes propios, esta búsqueda gráfica se intensificó con los estudios de arquitectura, al concluir con mis estudios en la universidad, conté con la suerte de entrar a la Escuela de Arte Julio Arrega con profesores como: Marco Cárdenas, Gustavo París y Jesús Pérez, los cuales me ayudaron a definir rasgos claves en mis trabajos”*.

Una obra: para Juan Diego se trata de *“Jirafa en Llamas”* de Salvador Dalí. Duane se extiende un poco y dice que *“estuve en Hotel del Inmigrante y ahí vi, una obra de Boltanski que me impresionó mucho, no solo el ‘site specific’ de Boltanski, sino que el propio lugar”*.

Un Artista: Duane dice: *“Van Gogh me deja en piel de gallina”*. Por su parte Juan Diego se queda con: Salvador Dalí y Francis Bacon.

Inspiración- Duane: *“creo más en el trabajo, en la insistencia, en el esfuerzo, en la perseveranza y un poquito teimosía (este término que emplea, en español es algo así como testarudez)”*. Juan Diego: *“a mí me inspira una buena obra, un pensamiento recurrente y el mismo comportamiento de la gente que me rodea”*.

Para Juan Diego la **Beca de Arte de Fundación Tres Pinos** fue *“La oportunidad de conocer y estar en contacto con el ambiente artístico de Buenos Aires, poder ver que se está haciendo en otras regiones fuera de Venezuela, cuáles son nuestras diferencias y similitudes. Ha sido una gran oportunidad de ampliar y poner en práctica mis conocimientos. El enfoque de la misma en desarrollar el proyecto expositivo estando en la ciudad de Buenos Aires, dió pie a un análisis más profundo y personal. Este análisis, conducido por Juan Astica, tuvo como resultado la Exposición ‘Alfabeto Privado’ que me ha abierto las puertas a otros países para expandir el proyecto. Para mí el crecimiento no fue sólo a nivel profesional, sino también al personal”*.

Al respecto Duane dijo: *“ha sido la posibilidad de elaborar una amplia serie de pinturas, en el caso pintura y collage, con aspectos visuales de la ciudad de Buenos Aires. El aprendizaje con Juan Astica parafraseando a Gerhard Richter diría que “Pintar es un ejercicio de fe”*

Por último cada uno hizo referencia a su trabajo y su técnica: *“Pintar es lo más para mí”* dice Duane, y sigue *“Creo que si uno quiere hacer una pintura hiperrealista que saque una fotografía. Me gusta el aspecto sucio que puede tener una pintura, las manchas, los infinitos contrastes entre los colores, las pinceladas. Cada vez más me interesan los artistas que mezclan el arte figurativo y el abstracto, como por ejemplo Jasper Johns, Robert Rauschenberg, Peter Doig, entre otros.”*

Juan Diego afirma: *“como artista quiero transmitir encuentros con situaciones cotidianas en nuevos escenarios, crear relaciones entre conceptos que se pensaban opuestos y la utilización de materiales en desuso pero con una gran carga emocional”*. Al hablar del collage sostiene *“Para mí la repetición, fragmentación y aleatoriedad del collage, es un medio muy efectivo para, además de captar la atención, que los que observen la obra vayan descubriendo distintas cosas, haciendo que la obra sea distinta para todos y que cada vez se puedan descubrir nuevos códigos”*

Aquellas personas que estén interesadas en participar de esta iniciativa, pueden consultar www.fundaciontrespinos.org, donde encontrarán información sobre las condiciones a cumplir para acceder a la **Beca de Arte de Fundación Tres Pinos 2013.**

Alfabeto Callejero

- exposición de Duane Bahía Benatti en el Centro Cultural Borges -

Toda la historia del arte se juega en la dialéctica de las partes ver/negar, poner/sacar, informar/desinformar, sobre aquello que está y aquello que no está. Sobre esto se basa el nuevo amplio ciclo de trabajos del artista brasileño Duane Bahía Benatti, contruidos pensando en toda la información o simplemente los fragmentos de información que nos transmiten los muros de la ciudad, cada vez más objeto de superposiciones de imágenes o textos que se persiguen entre sí y a menudo se anulan recíprocamente formando un substrato visual que a veces nos choca pero más a menudo nos fascina, donde un mundo fantástico-real es sustituido por un mundo fantástico-ideal.

La pintura de Duane Bahía Benatti encuentra sus bases y motivaciones en este contexto: cualquier cosa es un pretexto, a saber, un médium ambiguo de dobles lecturas, reconocibilidad del dato inicial, un objeto cualquiera, un "alfabeto urbano" hecho de estratos de colores sabiamente extendidos sobre los fragmentos de materiales diversos para recrear una forma personal de anticipación perceptual que quita tensión y energía a la inmediatez de la comunicación creativa. Un caos aparente "por lo tanto" a través de los propios medios de expresión, principalmente la pintura, donde el eterno contraste entre el componente material más crudo y la poesía visual de la alternancia cromática nos transmite un microcosmos como emblema del universo entero con su lenguaje a veces indescifrable, donde los colores, elemento esencial, rozan las formas dejando transparentar, incluso cuando los contornos no se expresan con nitidez, las connotaciones de una experiencia sensible acumulada por el artista en contacto con la vida cotidiana y los problemas palpitantes de la contemporaneidad.

Massimo Scaringella

Duane Bahía Benatti

Nació el 20 de mayo de 1983 en São Lourenço, MG, Brasil. Es Licenciado en Bellas Artes por la Fundação Armando Alvares Penteado - FAAP - São Paulo (SP) (2010) Ha realizado exposiciones individuales como Capolavoro, Galería Tato Dilascio, São Paulo (2012) y Apto137, Galería Tato Dilascio, São Paulo (2010). También cuenta con una serie de exposiciones en 2011: grupo 18º Salão de Artes Plásticas de Praia Grande, Palácio das Artes, Praia Grande; Experimento in serie, Espaço Árvore co-Working, Campinas (SP); 8º Salão Nacional de Fotografia "Pérsio Galembeck", Centro Cultural Leny de Oliveira Zurita, Araras (SP); Cine classic trash, Atelier Le Papillon, São Paulo (SP); Não é ketchup, é sangue, Museu da Arte Brasileira, São Paulo (SP). En 2010: Arte em casa, Galería Tato Dilascio, São Paulo y en 2009: Andares secretos, Centro Cultural da Juventude Ruth Cardoso, São Paulo (SP), Brazil.

Además se ha desempeñado en São Paulo como Asistente de artistas tales como: Gustavo Rezende, Marcíus Galan, Dora Longo Bahía y Edouard Fraipont. Como asistente de dirección de arte, O Movimento - Bavária Premium, Produtora Colméia y como asistente de producción de objeto, SOS Llama - Chiclete Adams, Produtora Margarida. Ha sido Professor de Español, Colégio Vicente Rijo, Londrina y Proponente del proyecto cultural História das estórias/ Performance: De repente um dia, Casa de Cultura da Universidade Estadual de Londrina, Londrina (PR.)

Ha participado de los Workshops Visita a ateliês de artistas com Lucia Koch, Escola São Paulo, Crítica genética de Sarapalha, Universidade Estadual de Londrina, Grupo de teatro La Grulla, Colégio Joaquín V. Gonzalez, La Rioja, Argentina e Improvisação Teatral com Pedro Paulo Rangel, Casa da Cultura de Paraty.

Alfabeto Privado

- exposición de Juan Diego Pérez La Cruz en el Centro Cultural Borges -

Las líneas estratégicas y teóricas del arte conceptual han llevado históricamente a los artistas a dar más importancia a los contenidos intelectuales y a las ideas que al resultado estético y perceptual de la obra en sí. Las rarefacciones de los contenidos emocionales en la concepción de la obra por parte del artista se basan en el que la idea y la reflexión se deslizan a veces, pero no siempre, en lo manufacturado, en el objeto, independientemente de su carácter tradicional o innovador, o de su manera concreta de ser.

Sobre esta temática se basa el nuevo ciclo de trabajos de Juan Diego Pérez La Cruz, artista venezolano que prefiere partir de una atención más bien mentalizada que conceder importancia a la concepción física de la obra a realizar. En sus producciones, de particular belleza estética, todo está purificado, puesto que cada cosa, antes de ser realizada, tiene una función a ser cumplida: su búsqueda constante de captar la esencia de una naturaleza humana cada vez más uniformada y anónima y devolverla a la esencia que la constituye. Sus trabajos, que retraen o, mejor dicho, reparten fragmentos de una humanidad casual para ser vistos y reconocidos en un fragmento de su cotidianidad común a través de un trabajo de investigación básicamente fotográfica.

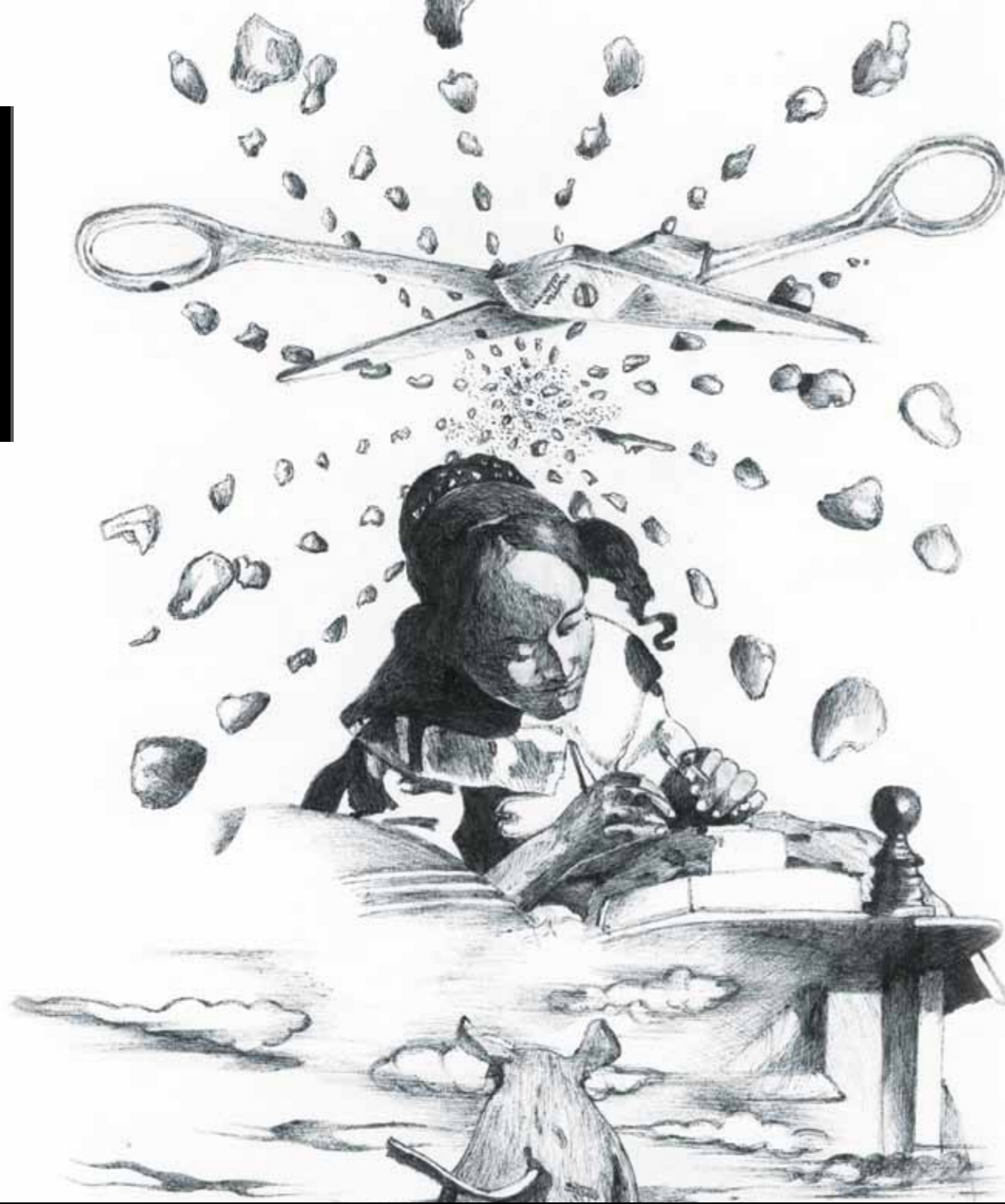
Para Juan Diego Pérez La Cruz la obra es un reportaje muy particular: de hecho no reproduce la objetividad del dato real, sin aquello que se percibe dentro de cada uno de nosotros. Es por lo tanto un registro interior, una proyección de un yo individual o colectivo al exterior en un medio como el de la vida cotidiana. La temporalidad es evento, es de hecho un elemento importante en la investigación perceptual de la imagen, si bien ésta se nos presenta deliberadamente fragmentada y volcada a la estructura de la obra, donde lo absoluto deviene en el centro de la mirada del espectador. Todo ello sin que el artista interrumpa una base compositiva y formal en la cual las pequeñas historias de los individuos comunes narradas en las obras convergen conceptualmente en un trabajo siempre vinculado con la memoria mediante la carga simbólica de la obra misma, componiendo un proyecto sobre la memoria colectiva e individual de una humanidad común pero elevada a un valor universal: aquél del arte.

Massimo Scaringella

Juan Diego Pérez La Cruz

Nació el 19 de julio de 1986, en la ciudad de Maracaibo, estado de Zulia en Venezuela. En el 2008 egresa de la Universidad Rafael Urdaneta como arquitecto. Luego estudió en la Escuela de Arte de Julio Arraga, donde recibió las menciones de Dibujo y Pintura (2010), fotografía (2011) y Pintura Experimental (2012). En el 2011 obtiene la titulación de Diseñador Gráfico Digital en la institución CEDIC y la Universidad de Zulia. Fue creador y docente de la Cátedra Libre de Artes Plásticas en el Liceo Los Robles (períodos 2010-2012).

Entre sus exposiciones más recientes se destacan su participación en el Salón Regional de jóvenes artistas (2011) realizado por el Museo de Arte Contemporáneo de Zulia, su participación en la XII Velada de Santa Lucía (2012) en la ciudad de Maracaibo, la exposición Afrolatinos en el Museo de Arte de Caguas en Puerto Rico (2012) y su Obra Relatos de Chimbangeles, perteneciente a la colección del Museo Itinerante de San Benito (2011).



LA PAZ DE LOS INSENSATOS

Por Luis Vilchez / www.luisvilchezpoeta.blogspot.com.ar / www.revistaculturalelviento.blogspot.com.ar

Es sabido, mi amor, que lo contrario de la **paz** es la guerra y el odio.

Yo, a nivel personal estoy en **paz** mientras escucho el canto de los pájaros y nacen las flores blancas del manzano aguamelado que da sombra a nuestra habitación, a nuestro lecho de amor. Juana Koslay es un poema que vuela en libertad cuando el aire se

embalsama de perfumes que vienen de los campos y las sierras y pasean por las calles de la ciudad con el rumor y el murmullo del viento chorrilero. Y el viento corre por mis venas. Es helado y fuerte, como esta **paz** momentánea y sin abrigo. Corre y camina con la lucha de mi sangre. El cielo es azul. Y hay que despertar con las memorias. Tratando de entregarme a las horas de amor que me convidas, cuando posas desnuda en estos versos y me

invitás con una miradita, al seno del amor, cual noche tibia.

Escribo estas palabras de huesos fríos, que viajan por tus labios de durazno, brillando en una **paz**. Quizá un poco insensata. Como cuando hacemos el amor. Y afuera, a dos pasos, un señor duerme en el suelo sucio de la vereda y apesta con olor a vino y olvido social.

Y luego pienso: nuestros pasos constantes en busca de utopías, me dan **paz**. Y si me expando en palabras amorosas, vida mía. Puedo hablarte de **paz** social. Del deseo eterno de **paz** social que corre por nuestras venas, desafiando al olvido. Exentos de cólera, odio y de sentimientos negativos, nosotros caminamos. Añoramos **paz**. (Puedo decirte) puedo afirmar... con dudas. Porque la **paz** es una duda... y es un sentimiento insensato... y...

Esta paz es un sentimiento del pueblo: "donde haya odio, que haya amor. Donde haya guerra, que haya **paz**".

Pero... ¿Podemos hablar de **paz** haciendo oídos sordos a las vicisitudes que pasan en el mundo? ¿Podemos estar en **paz** cuando hay niños muertos de hambre que portan una daga o un revolver porque esa es la única oportunidad de poder sobrevivir en este mundo de tarjetas de crédito, mano armada y desamor al por mayor? ¿Podemos hablar de poesía sabiendo que se tortura, noche y vida? ¿Podemos vivir en **paz** cuando en nuestro país se mueren de hambre más de veinte niños y jóvenes por día, mientras una nueva presidenta luce su nuevo vestido de princesa y por televisión otra señora ostenta joyas repletas de oro puro? ¿Podemos hacer el amor en **paz** (mi amor) con la soberbia **paz** que nos convidan nuestros asesinos? ¿Pueden tener **paz** los asesinos? ¿Pueden comer en **paz**? ¿Pueden hacer el amor en **paz**... como nosotros?

Sabemos quienes son los insensatos. Haces dos pasos y los ves. Caminan tranquilos por la vereda del barrio y los ves. Los ves por TV o en el diario oficialista. En los afiches de campaña, los ves. En el día a día. Los ves en **paz**.

Y en este tiempo (querida) los asesinos también hablan de **paz**. Brillan y conmueven a las grandes mazas con sus lágrimas de cocodrilo. El mundo está lleno de insensatos (mi amor). Insensatos que están en **paz**.

¿Cómo será estar en paz siendo un insensato? si es que los insensatos y asesinos están en **paz**. Los necios viven y disfrutan diariamente del sinsentido. Y nosotros, mientras, hacemos e amor.

Hay que nacer de nuevo del agua y el espíritu para abrazar la **paz**. Y tiene que ser un nacimiento completamente amoroso. Por eso...

INCENDIO

Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se peinan, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.

De Amor 77, Julio Cortázar, Un Tal Lucas.

Nadie ha visto el humo aún. Nosotros recién acabamos de hacer el amor. Una rosa perfumada se acurruca en la mesa de luz y se enfrenta a nuestras miradas gozadoras. La tarde está quieta, pero los pájaros no se olvidaron de cantar. Percibimos que un hermoso colibrí nos cuenta en cantos algo ocurrido, pero somos inconscientes de lo que está pasando. Esperanza (mi amada compañera) se tiende una bata y se va a bañar. Con mirada picarona presiento que me invita a compartir el rito. Baboso mi ser hoy solo piensa en ella. Esos senos, ese pelo, esos ojos. Todo mío (o casi mío) no lo sé. Mojados, nuestros cuerpos entran en plena pluviosidad, ella me pide más, y yo trato de complacerla, me suplica que no pare, y soy su dicha. Por un instante siento que soy dios, pero eso es poco, no puedo ser tan necio. Ese invento de los hombres hace mucho que se olvidó del mundo y se desmitificó de mi vida amorosa. Y yo soy vuelo, revolución, delirio, memoria. Soy todo lo contrario de esa esencia que quiere preceder a mi existencia. A Esperanza se le cae el jabón y yo me enciendo contra su trasero. Mientras la fuerza se llena de ternura compartimos amor, mordiscones. Rasguñados somos una especie de batalla de besos y de abrazos. No hay nada más hermoso que este instante, nada importa, nada existe de repente, solo el acto. Ninguno quiere abandonar este juego. Ambos sabemos que cuando todo pase hay que volver a la realidad. Al acelerar de las monotonías, al colectivo roto, a verle la cara a la rutina, a los niños que requieren nuestro afecto (o defecto). No, es muy injusto, no podemos ser tan bobos y parar, no lo merecemos. No. Pero todo pasa. Nos secamos, peinamos y nos cepillamos los dientes (siempre queda en la boca ese aliento gozador, que no es bueno compartir con extraños).

¡El humo, el humo, el humo! (grita Esperanza) ¿Eso es humo? (contesto sorprendido) y con desprecio miro por la ventana.

En realidad ninguno quiere salir, es domingo, y este día es nuestro, nadie, ni si quiera el fuego, tiene derecho a robarnos nuestro tiempo. Pero la culpa es grande. La diosa abre la puerta y ve el incendio. El terreno de enfrente se está quemando. Lo peor es que está lleno de chatarras, tarimas, viejas heladeras, etc....

y con la ayuda de los árboles se fortalece el fuego. Pegadito al fuego esta la casa de la familia Páez, un matrimonio de ansianos que vive hace muy poco en el barrio. La culpa se agranda y nos da pena. Con mucho dolor emprendemos la partida solidaria hasta la casa de los buenos abuelos, a ver que se puede hacer para apagar el fuego, ya hemos postergado el rito del amor vaya a saber por cuanto tiempo (puedo asegurar que los dos estamos angustiados) pero no queremos demostrar la pena.

Todo, absolutamente todo el vecindario viene a presenciar el acto. El fuego crece y se expande la ola de humo que nos hace toser y re-toser y nos marchita el amor de a cuajo. Por un momento tenemos la sensación de que todos nos observan. Con Esperanza nos miramos y mimamos con miradas cómplices y percibimos la misma sensación. Nadie tiene nuestro color y nuestro olor. Nadie. Somos inevitablemente: etéreos.

Clementina, la vecina de enfrente, sale de su casa después de largos días de encierros y de rutinas (al divino botón, se le pasó la vida, pienso). Sus hijos la acompañan y no esta mal venir con un buen mate, ya que se nota que hay para rato y nunca viene mal hacer sociales. Feliciano, su marido va por unos baldes y alguna manguera. Llegan todos. El almacenero, reconoce que se había olvidado de lo que era estar en la calle con gente y se sorprende al ver como ha aumentado con el pasar del tiempo la población del barrio. Mientras tantos los abuelos tiran baldes y tratan de apagar con dos o tres vecinos el fuego con una precaria manguera. Todo es humo, en esa tarde oscura. Todo es dolor, pesar y terquedad. Son más de doscientos los ojos que miran el siniestro. Por momentos da la sensación de que nadie quiere que el fuego se apague. En realidad el barrio es aburrido y monótono, nadie tiene tiempo de hacer sociales, y por primera vez en diez años de vida parece que estamos todos. Puede verse haya a lo lejos una joven lugareña presumiendo a un muchacho con cuerpo de lobo y fingiendo espanto por el fuego. Los concejales del barrio aparecen con espíritu soberbio y comentan que presentían que esto iba a pasar y que ya habían advertido a la gente de la chatarrería que deberían limpiar y desalojar el terreno lo más pronto posible.

El cura, bendice el causal encuentro popular y finge conmovirse por la injusticia, aprovechando el espacio popular para recordar que hay que ir a misa y colaborar con la causa divina. La oportunidad es masiva y nunca falta el tiempo para publicitar horarios para que niños y grandes hagan la primera comunión y se liberen del pecado. No falta el debate. Aparece un vecino Adventista de los Últimos Tiempos y un grupo de formales y corteses Testigos de Jehová. Grito va y palabras vienen, el más

coherente resulta ser el Trula (vagabundo que acaba de perder su hospedaje en la casa abandonada en el lugar del hecho) y dice a los gritos: *¡Carl Marx decía que la inquietud religiosa es al mismo tiempo la expresión del sufrimiento real y una protesta contra el sufrimiento real. La religión es la queja de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón y el espíritu de un estado de cosas desalmado. Es el opio del pueblo!* Y tenía razón, reflexiona nuevamente. Sabio el Trula, che. (Penzamos con Esperanza)

No hace falta un insensato que reparte tarjetas para la discoteca y el vendedor de pan casero (ente otros). Todo se torna a una feria de ventas o un rito religioso y pagano como el de Villa de la Quebrada, en la provincia de San Luis (lugar donde vivimos). Por momentos nos miramos con Esperanza como si fuéramos dos desconocidos, somos cómplices del hecho, y también nos sentimos como sapos de otros posos. Nadie puede pasar desapercibido, todo es nuevo, un nuevo paisaje, voces nuevas, amigos y vecinas nuevas. Pero el fuego persiste a los ojos de todos. Todos aparentemente se asustan. Comienzan las molestias en los ojos y todos tosen, porque también hay molestias en las gargantas secas. Todos. Todos son un molesto coro de babuinos.

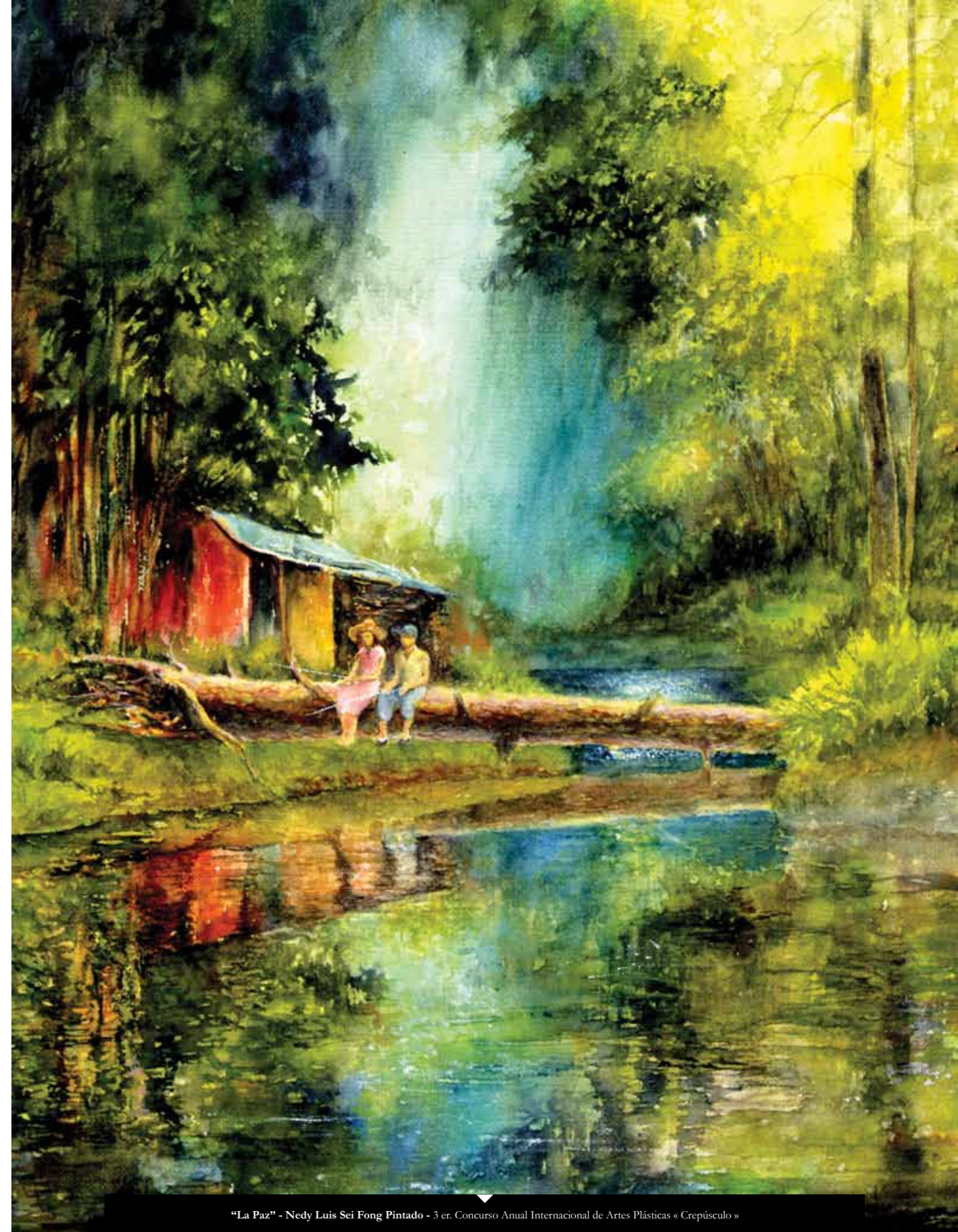
Sorprendidos, algunos preguntan si hay muertos. Quizás ese echo agrave la situación pero si hay sangre hay más suspenso y así nadie se querrá ir del populoso holocausto para encender la monótona TV, y continuar con el partido del domingo.

Cuarenta minutos después por fin llegan los bomberos. Los vecinos se miran de reojo y es propicio el momento para intercambiar teléfonos y planificar hacer una comición barrial. El hecho se agrava por unas horas más y luego de apagar el fuego los bomberos exhaustos se van. Nada en el descampado. Solo chatarras quemadas. Alguien que llora y fuma uno que otro porro. Y vuela, como yo y Esperanza volábamos hace unas horas, pero en otra sintonía.

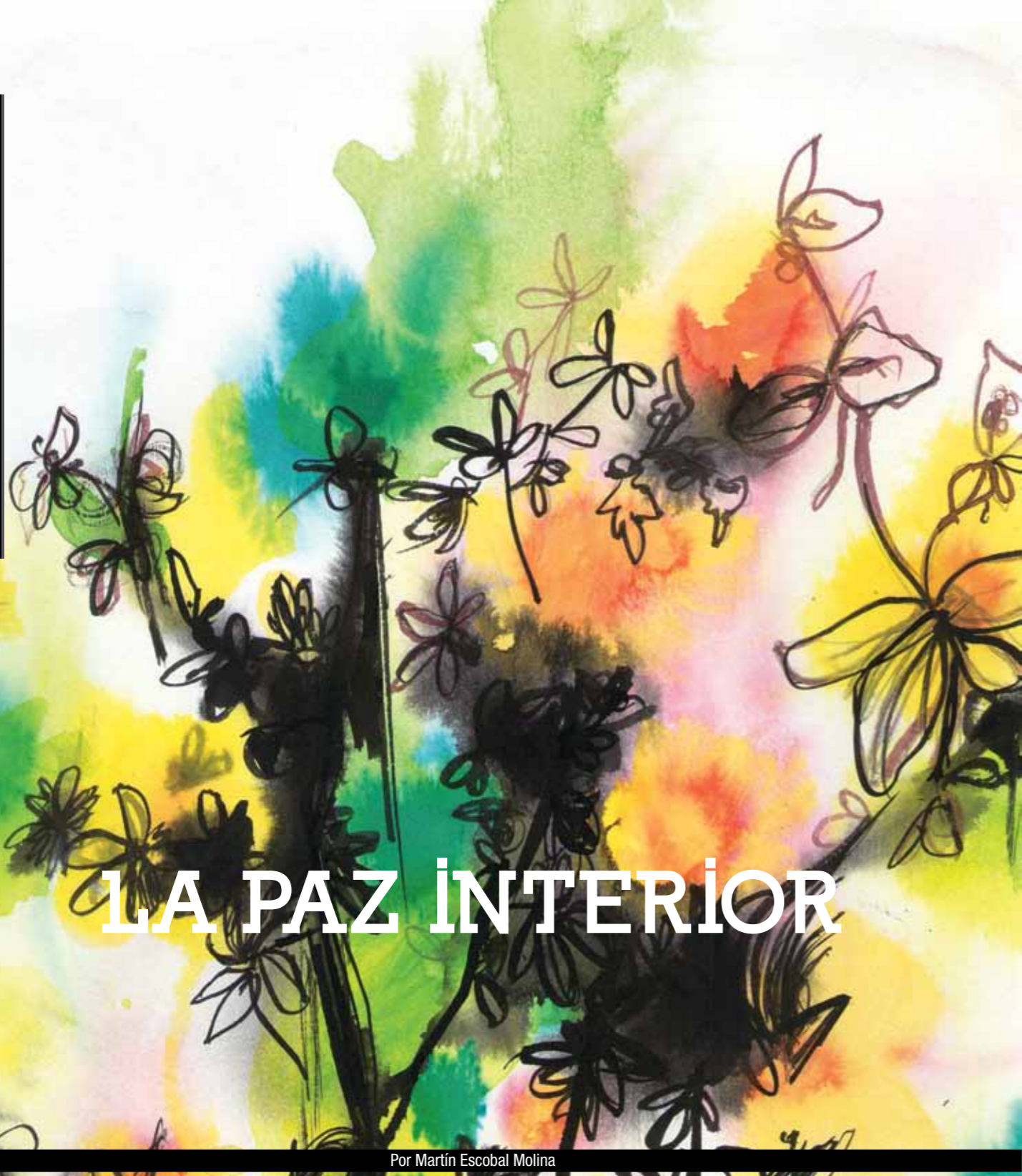
El barrio retorna al silencio que lo caracteriza. Pueden verse las ventanas de las casas con las luces prendidas y el encendido de algun televisor (algo hay que quemar, aunque sea las neuronas).

Esperanza prepara la tarea del lunes, ya llagaron los niños. Mi suegra y mi nuera vienen a quedarse a dormir. Me aparto y me apropio del silencio y voy a regar el pasto.

La felicidad es corta. □



“La Paz” - Nedy Luis Sei Fong Pintado - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »



LA PAZ INTERIOR

Por Martín Escobal Molina

Cuando empecé a intentar abordar el tema de la paz no pude abstraerme por completo de mi profesión como terapeuta. En este sentido, dejé de lado al menos en apariencia, a la paz y a la guerra entre las naciones, entre los pueblos y a la “pelea” por un mismo territorio (esto último heredado del instinto animal). Encaré esta encrucijada desde otro ángulo. El pensar a la paz y a la guerra dentro de una persona singular, como aspectos internos, a veces ocultos, pero siempre presentes en mayor o menor medida.

Le saqué a estas polaridades, paz y guerra, la connotación de buena a la primera y de mala a la segunda. También pueden significarse de manera diferente teniendo ambas aspectos más satisfactorios y más nocivos para cada sujeto. Es decir que tanto en “la paz interior” como en “la guerra interior” dentro de una persona, pueden preponderar aspectos que lleven a tener una vida más satisfactoria o pueden llevar a tener una vida plagada de contratiempos y callejones sin salida.

Empecemos por la paz interior:

Desde una primera perspectiva es el producto de conocernos a nosotros mismos, al “insight”, que sirve como precursor de nuestras acciones, para después buscar y encontrar soluciones a nuestros problemas, a encontrarnos con nosotros mismos, con nuestros afectos, con las propias virtudes y defectos. Esta paz interior es un punto de llegada (ya que se puede empezar a conseguir por el camino de la terapia, del autoanálisis, desde la vertiente espiritual, entre otras opciones) encontrándose previamente la persona con sus angustias, con sus temores, con sus puntos ciegos, pero también es un punto de partida, ya que a partir de los cambios internos, repercute modificando las relaciones y el contacto con los demás; ya que irradiamos lo que a veces se toma de manera superficial, pero que tiene una raíz profunda que es lo que se denomina “buena energía” o “buena vibra”. Se suman o se consolidan amistades, se pasan buenos momentos, se elige con mayor naturalidad como se quiere pasar el tiempo y con quién. Se buscan personas que estén en la misma sintonía. Es decir que primero tenemos que estar bien con nosotros mismos para que desde allí poder establecer vínculos con el afuera más satisfactorios. Este no es un movimiento lineal sino dinámico, que se desarrolla de esta manera a fines solamente explicativos, ya que los puntos de llegada y de partida se suceden incansablemente dándole tanto a la “vida interna” como a la “vida externa”, un mayor grado de complejidad.

Desde una segunda perspectiva esta “paz interior” puede ser tomada como inacción, como el no poder resolver dificultades cotidianas, desconectados al menos en parte de la realidad, pagando un alto costo por seguir tranquilos, en paz, sin tensiones. Es un “no cambio interno”, sin poder hacer el esfuerzo que representa el enfrentarse con nuestros puntos débiles. Es decir que no hay puntos de llegada y nuevos puntos de partida, lo que lleva a no querer tomar el protagonismo de nuestras vidas, proyectando (ocultando) los aspectos conflictivos de nosotros mismos en los demás, que son los culpables de todos nuestros males. El costo de esta paz interior es enajenarse del mundo, de las relaciones interpersonales, salvo de las que se amolden cual

“rompecabezas” a las piezas con las que nosotros contamos para armarlo. Escapar de todo lo que nos confronte con “nuestra lábil estabilidad” y nos marque diferencias. En esta segunda perspectiva, los demás al no amoldarse a lo que el sujeto quiere, tienen que aceptar todas sus demandas, negando las diferencias siempre presentes entre lo que se busca y lo que en realidad se halla. A veces algunas personas del círculo íntimo contribuyen a instalar a la persona en esa posición sin posibilitarle un cambio, siendo incomprendido por el resto de los mortales.

La diferencia entre estas “dos paz interiores”, que sirve para desentrañar cual predomina por sobre la otra en cada persona (ya que ambas están siempre presentes), radica desde mi perspectiva en que en la primera se busca “la paz interior” (los cambios internos) para desde ahí relacionarnos con nuestros sentimientos,

afectos, dolores, intereses, relaciones interpersonales, de una manera subjetiva y singular pero en un interjuego constante con el entorno. La segunda perspectiva es una manera e intento fallido de mantenerse sin tensiones, sin frustraciones ante las demandas que puedan venir tanto de nuestro interior como del exterior, “mantenernos protegidos pero pagando un alto costo”, con el riesgo de menoscabar o no hacer mas satisfactorias las relaciones de pareja, familia, amistades, trabajo.

“Es decir que primero tenemos que estar bien con nosotros mismos para que desde allí poder establecer vínculos con el afuera más satisfactorios.”

Con respecto a la “guerra interior” también se pueden observar dos perspectivas como aspectos internos que coexisten, que conviven en cada uno de nosotros y dan cuenta de cual predomina por sobre el otro:

Desde una primera perspectiva “la guerra interior” se refiere al estado interno de tensión, angustia, temor que nos conmueve, nos saca de cierto estado de estabilidad y nos confronta con nuestro propio desvalimiento, angustia, sufrimiento, dolor, frustración por no conseguir lo que queremos y que nos lleva luego de un “movimiento interno” a modificar nuestra conducta y a adaptarnos a ciertas condiciones del exterior. Es decir, el salir de nosotros mismos, de nuestro ideal infantil para intentar alternativas posibles mediante nuestra acción y esfuerzo. Hacia el exterior se puede observar una agresividad necesaria, que promueve el desarrollo, permite enfrentar contratiempos y

moverse por el mundo externo. Para salir de uno mismo, pelear con nuestros propios recursos (en un sentido no violento), por lo que uno quiere, desea o anhela. Ponerse en movimiento, motorizarnos a partir de nuestro interior, para que mediante nuestra conducta y acción, modifiquemos el mundo externo para conseguir nuestros objetivos. Ser de alguna manera los conquistadores del mundo desde esta perspectiva y dentro de los límites que se desarrollan.

La segunda perspectiva sobre “la guerra interior” se refiere a “que el peor enemigo esta dentro nuestro.” Mas allá de todo lo que puede implicar esta frase, me refiero a nuestros aspectos internos que no podemos controlar, ni encauzar hacia fines tróficos, que se vuelven contra nosotros mismos, a veces como masoquismo (sufrimiento y goce en el dolor propio). Al no poder exteriorizarse, “hacen raíces” dentro nuestro, pudiendo salir hacia el exterior en forma de violencia y maltrato como la única manera que tiene una persona de sentir satisfacción, ya que no la puede obtener por otros medios. Es decir que muchas veces depositamos en los demás las causas de nuestras frustraciones siendo difícil implicarnos en los que nos pasa.

Entiendo que la línea demarcatoria entre estas “dos guerras internas” y sus consecuencias hacia el interior y el exterior de una persona lo da por un lado el respeto al otro, al semejante, el ponerse en el lugar del otro al que se le puede ocasionar un daño o por el contrario someter, dominar, anular al otro, en definitiva apoderarse de su voluntad y libertad.

Para concluir puedo agregar que cuando predomina “la paz interior” como “la guerra interior” dentro de una persona desde la primera de las perspectivas descritas en ambos casos, la paz interior permitiría un estado de conocimiento propio, de cambios internos, de insight, de encontrarnos con nuestros afectos, de cierta estabilidad (luego de habernos permitido mostrar nuestra vulnerabilidades), que nos permite posicionarnos de una manera “más plantados”, más seguros de nosotros mismos, ante lo que pueda provenir del afuera, ante cualquier ataque o amenaza que provenga del mundo exterior. Mientras que la “guerra interior”

reside en un movimiento de ruptura con lo preestablecido, con la irrupción de angustia y motorización de la acción hacia el exterior. Con lo que se desea y la forma de obtenerlo. A partir de la acción sobre el mundo exterior, sobre lo que se tiene que hacer, esfuerzo mediante, para conseguir lo que se quiere.

Estas especulaciones teóricas y prácticas quizás nos sirvan para entender, al menos en parte el porqué a veces puede primar la paz entre los pueblos y la convivencia, cuando predominan algunos de los aspectos sobre “la paz interior y la guerra interior” descritos

desde la primera perspectiva y cuando predominan los descriptos en segundo término pueden prolongarse las guerras, la destrucción, el odio. Por supuesto que estos fenómenos son mucho más complejos ya que conjugan, narcisismo, poder, dominio, sometimiento, fenómenos de masa, entre otros. Muchas veces cuando no se pueden detener a tiempo la escalada de violencia, muerte, dolor, desarraigo ya es muy tarde para volver atrás y aparecen como una pequeña bola de nieve que rueda y cae por la colina haciéndose cada vez más grande y destruyendo todo lo que se interpone en

su camino. Tanto para las personas como para las naciones cuando se pasa cierto límite, ya es muy difícil volver atrás ya que las consecuencias psíquicas, traumas, dolor y daño sobre los involucrados son gravísimas. Esta dinámica violenta de la guerra hace ver a la paz interior (como conocimiento de si mismo) como algo muy lejano tanto para una persona como para una nación. □

“... la paz interior permitiría un estado de conocimiento propio, de cambios internos, de insight, de encontrarnos con nuestros afectos, de cierta estabilidad ...”



HABLEMOS SOBRE LA PAZ

Por Silvia Arcuzio

¿Casualidad o causalidad? La muerte de mi madre, la rosa amarilla de Borges..., *"Púrpura del jardín, pompa del prado. Gema de primavera, ojo de abril..."*, y la que el faquir le regaló a Dionisio durante su travesía.

Fernando Sánchez Dragó a mi edad..., encuentro su novela —*El centro del laberinto*, Premio Planeta 1992— perdida entre los estantes de mi biblioteca, la leo despacio, tratando de imaginar la respiración en ocho movimientos que lleva a su personaje a la meditación; luego, el *Camino del Corazón*, allí Dionisio, heterónimo de Sánchez Dragó, comienza su primer viaje a Oriente un 21 de enero, en busca de las respuestas que Occidente no le ha brindado, en busca de su propio corazón. Casualidad o causalidad: mi mamá murió este año el 21 de enero.

La lectura me introduce al movimiento hippie, a una época que me llega a destiempo y profundiza mis dudas. ¿Estará en lo cierto

este escritor español y Oriente es la única respuesta?, pienso mientras muevo la cabeza igual que esos perritos que la gente pone en la luneta trasera de los autos.

¿Casualidad o causalidad? Que a mi querida amiga y escritora Marta se le ocurra, justo en este momento, invitarme a escribir un artículo sobre la paz, y que al mismo tiempo conozca a Martín Renzacci, el joven que en su luna de miel se enferma y está veinticinco días en coma y tres meses en terapia intensiva en un hospital de Tasmania. Por suerte ya está bien, pero me cuenta que, luego de esa terrible experiencia, ha cambiado diametralmente: su sentido de la vida es otro, está tranquilo, ya no corre ni se estresa, exuda paz... La vida llega por vías diferentes. Y todo esto coincide con mi propio camino a un Katmandú interno, desconocido y profundo que, ahora, se abre para que me lance en busca de la paz interior.

Paz: ¿una entelequia, una utopía? La soberbia de Occidente se envuelve en su sentido sin siquiera tener la capacidad de definirla. Le basta con pregonarla como la simple "ausencia de guerra" para sentirla real y propia. Estoy acostumbrada a ello.

Pero ¿como deshacerme de lo que me ha sido impuesto desde siempre para abrazar una esperanza prestada? Paz: compleja, inalcanzable, diversa, esquivada. ¿Quién sabe dónde está y cómo encontrarla? ¿Quién puede asegurar haberla experimentado, aunque sea por un momento, y con esto me refiero a ese fugaz instante donde el peso de la libertad se volvió tan, pero tan liviano, como para sentirnos en paz? Preguntas y más preguntas que surgen sin respuestas. Paz de espíritu, paz interior, paz política, paz entre los hombres de buena voluntad, consignas que se repiten por los siglos de los siglos sin eco alguno. Mientras que, reyes, filósofos, presidentes, estadistas, escritores y artistas, devenidos en profetas alquimistas se esfuerzan, desde el inicio de nuestros días, para concebir el cambio y la iluminación necesaria para transformar al mundo, desviándolo desde el eje donde el mal reina, con el peso de su única justificación.

Todo se ha disparado en mi cabeza, las ideas se superponen y se entremezclan como los huevos de una omelet que tardaré en saborear. Busco fuerte al decirlo, que choca entre los labios terminando en una z larguísima que nos invita al sosiego, sin embargo éste no llega y entonces la vemos viajar a través de los tiempos encerrada en una burbuja frágil y brillante capaz de romperse tan solo con la mirada del hombre. *"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios"*, Jesús de Nazaret.

Miro hacia Oriente buscando una respuesta. El *Bhagavad Guitá* o *Canto del Señor* es la mayor obra filosófica de la Antigua India, en ella se describen los eventos que ocurrieron entre cinco y siete mil años atrás, y es equivalente a nuestro *Nuevo Testamento*. El *Bhagavad Guitá* proclama esencialmente el principio del Amor-Bhakti como la base del auto desarrollo espiritual del hombre, y abarca grandes temas filosóficos como el significado de la vida humana y los principios de su evolución, entre otros: *"Cuando un hombre se libera de todos los deseos que anidaban en su corazón, y por la gracia de Dios encuentra la dicha divina, entonces su alma descansa definitivamente en paz. En esta paz mental, toda tristeza o sufrimiento desaparecen, pues esa paz*

es sabiduría y en ella el corazón encuentra sosiego. Un hombre sin disciplina jamás obtendrá sabiduría, ni tampoco contemplación. Sin contemplación no puede haber paz, y sin paz, ¿cómo puede haber gozo? El hombre que abandona el orgullo de la posesión, libre del sentimiento del "yo" y de "lo mío", alcanza la paz suprema. Bhagavad Guitá

¡Ja! ¿Y cómo entender esto, cuando los valores con los que nacimos, crecimos y vivimos, son totalmente opuestos? Occidente versus Oriente, el Ying y el Yang, la razón versus los sentidos, lo permanente versus lo cambiante, la unidad versus la pluralidad, la realidad contra la apariencia, lo existente versus lo irreal. En algún lugar entre las comas que separan los opuestos se encuentra la paz.

Escribir sobre la paz, sin caer en lugares comunes, me es tan imposible como tratar de explicar la cuadratura del círculo. Paz: como la describe el diccionario: equilibrio y armonía, ausencia de inquietud, violencia o guerra. *"Estamos en este mundo para convivir en armonía. Quienes lo saben no luchan entre sí"*, Buda.

Paz, vocablo corto de contenido profundo, vacío de realidad. Su esencia deriva del latín pax, palabra que suena

fuerte al decirlo, que choca entre los labios terminando en una z larguísima que nos invita al sosiego, sin embargo éste no llega y entonces la vemos viajar a través de los tiempos encerrada en una burbuja frágil y brillante capaz de romperse tan solo con la mirada del hombre. *"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios"*, Jesús de Nazaret.

Muchas veces he pensado que el hombre, en su afán por mitigar su propia finitud, se ha olvidado por completo de que algún día va a morir, ¿o será porque jamás se olvida que hace de su ego la razón de su existir? *"Lo decisivo para traer paz al mundo es vuestra conducta diaria"*, Jiddu Krishnamurti.

Como todos sabemos, en el primer milenio antes de Cristo, Grecia se levantaba como el centro cultural e intelectual del mundo. Occidente y Oriente quedan separados por dos estilos de pensamiento diametralmente opuestos. Grecia con *"su conocimiento racional como único camino para llegar a la verdad"*, Oriente con sus prácticas espirituales que apuntan al profundo conocimiento interno: *"Sólo con el cambio interior se podrá cambiar el mundo"*. ¿Por

qué la balanza se inclinó para que Occidente tomara el camino de la razón, cuando ésta es tan compleja como la palabra paz? ¿Cómo hubiese sido el mundo si la filosofía oriental hubiese “ganado la pulseada”? Es tarde para saberlo.

De todas maneras, volvamos a Grecia ya que ella fue nuestra cuna, nuestra madre, quien nos legó nuestra democracia, nuestra filosofía, nuestra política, nuestras ciencias y la imposibilidad de llegar a sentir y ejercer la paz. Ya sus dioses, en un comienzo, batallaron por la supremacía del Olimpo venciendo a los Titanes. Zeus, como máxima deidad, impartía su propia justicia castigando a dioses y a humanos por igual. Entonces, en una cultura donde los dioses batallaban e infligían castigos a diestra y siniestra, ¿qué podían hacer los simples mortales más que crear una cultura a imagen y semejanza...? ¿O quién creó a quién?

Me siento y escribo: Por las frías y oscuras murallas de aquel antiguo laberinto se pierden la intransigencia de religiones y banderas. Un mundo, vallado de desolación, multiplica al infinito la posibilidad de exterminio. Ya no es la sombra del triste minotauro quien asola el centro del universo, es el hombre, quien con monstruoso e irracional instinto destroza pueblos e ilusiones. Miles de voces se elevan y el cielo no responde. ¿Quién será nuestro Teseo y quién la Ariadna que, con misericordia, sostenga el hilo hasta la salida?

Todos somos Teseo. Todos somos Ariadna.

Paz: palabra que perdura en el tiempo como un enigma, como una invitada de piedra a un baile de máscaras donde nadie se reconoce, sola, firme, aislada, ajena a la cotidianidad de la vida, confinada a las frías definiciones de diccionarios y encerrada en la esperanza de aquellos que conservamos tibieza de corazón. *“Allí donde el agua alcanza su mayor profundidad, se mantiene más en calma”, William Shakespeare.*

Mirar y analizar el pasado nos indica que, sin duda alguna, el cambio es imprescindible. Enumerar las equivocaciones que el hombre ha cometido a través de los siglos me llevaría a caer, como mencioné al principio, en lugares comunes que necesito obviar. No porque no sean valederos como ejemplo, al contrario la humanidad per se no debe ser tomada como simples hechos aislados en el tiempo, sino como un todo que nos pertenece a

todos y como tal debe ser cuidada por cada uno de los habitantes que vivimos en este mundo tan frágil. El camino está por delante y está en nosotros encontrarlo. Tal vez no sea una senda universal común a todos, probablemente cada uno deberá elegir la vía para llegar a un profundo entendimiento interno que nos equilibre

y que, a la vez, nos proporcione armonía. *“Si no estamos en paz con nosotros mismos, no podemos guiar a otros en la búsqueda de la paz”, Confucio.*

Y si en el camino nos vemos debilitados, no nos dejemos vencer ni por el escepticismo ni por la desesperanza, el hombre fue puesto en la tierra para gozar de ella y no para sufrir en ella. No podemos ni debemos desaprovechar esta oportunidad única que nos fue dada para amar y ser amados. Este es nuestro principal mandato y

nuestra forma de expresar gratitud.

Para terminar me gustaría citar al Nobel escritor José Saramago quien, en una de sus más célebres frases, resumió el insoldable sentido de la vida y el trayecto hacia la paz interior, yo ya no tengo nada más que agregar: *“He intentado no hacer nada en la vida que pudiera avergonzar al niño que fui”, José Saramago.* □

“Mirar y analizar el pasado nos indica que, sin duda alguna, el cambio es imprescindible”



“Árbol de la vida” - Roberto Aguilera Vizcarra - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

HEREDEROS DE UN MITO REINVENTADO

Por Guillermo Naveira

Hubo una época en que grandes guerras dominaron la tierra. Gladiadores gigantes, nutridos de espadas y escudos, arrasaron con poblados enteros y ejercieron su voluntad trazando nuevos espacios, que más tarde funcionarían como límites. Las ciudades que crecieron a lo largo de los continentes serían bombardeadas y vueltas a reconstruir desde sus cenizas. Luego, vendrían los lapsos de calma. Nacerían los mitos, las memorias y el control, afianzando un único modo de pensar o percibir la realidad. El hombre finalmente, aprendería a caminar de ese modo, solitario e indiferente, hasta terminar librando la peor y más silenciosa de todas las batallas, la vida en tiempos de paz.

La tragedia antigua no solo era un espectáculo, en todo caso se trataba de un rito colectivo de la polis al que el público asistía con alto grado de vocación. Se desarrollaba durante un período sagrado, en un espacio consagrado. Donde el teatro, que por lo general tenía en el centro el altar de los dioses, asumía la función de caja de resonancia para las ideas, los problemas, la vida política y cultural de la Atenas democrática.

Los argumentos, además de tratar la caída de un personaje importante o un pasado épico, desarrollaban significados totalmente nuevos, desde el punto de vista de la comunicación. Aparece el mito, que se funde en la acción a través de la representación, el público ve con sus propios ojos a personajes, provistos de una dimensión psicológica, que surgen como entidades distintas que actúan en forma independiente en cada escena.

Al respecto, el filósofo e historiador francés, J.P. Vernant sostiene: "La tragedia monta una experiencia humana a partir de personajes famosos, pero los instala y los hace conducirse de tal manera que [...] la catástrofe que se presenta soportada por un hombre, aparecerá en su totalidad como probable o necesaria. Es decir, el espectador que ve todo con piedad y terror adquiere la sensación de que cuanto sucede a ese individuo, habría podido sucederle a él".

De esta manera, el mito se vuelve inmediatamente metáfora de los problemas profundos de la sociedad ateniense y más adelante, de la sociedad moderna.

Las alianzas que se tejen entre el mito y la paz son muy fuertes e indudables, haciéndose necesarias y cambiantes según la ocasión, para perdurar a través del tiempo. El semiólogo Roland Barthes, autor de la magistral obra "Mitologías", dirá que la mitología sólo puede tener fundamento histórico, ya que el mito es un habla elegida por la historia, no surge de la naturaleza de las cosas. La paz escoge al mito, le da forma y a veces, se transforma en él, justificando el accionar irracional de los hombres.

Se dice que cuando los soldados cariocas y curepíes (apodo alusivo a las botas de cuero de chanco que usaba el ejército argentino) avanzaban sobre la tierra colorada guaraní, entre yerbatales y hojas carnosas, los paraguayos enterraban sus joyas y riquezas bajo la tierra, como si eso, de algún modo, los hiciera perdurar más allá de la fuerza de las balas. Sus hornos de fundición, su economía y su gente habían sido brutalmente masacrados por el genocidio más grande que conoció América del Sur, la guerra de la triple alianza (1864-1870).

No esta de más aclarar, que el proceso genocida se inicia mucho tiempo antes que el aniquilamiento. Cuando los líderes argentinos comenzaron a forjar un discurso negativo, amparado en el supuesto resguardo de la paz.

En una carta recibida por Mitre, el propio Sarmiento decía: "Estamos por dudar de que exista el Paraguay. Descendientes de razas guaraníes, indios salvajes y esclavos que obran por instinto o falta de razón. En ellos, se perpetúa la barbarie primitiva y colonial... Son unos perros ignorantes... Al frenético, idiota, bruto y feroz borracho Solano López lo acompañan miles de animales que obedecen y mueren de miedo. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era necesario purgar la tierra de toda esa excrescencia humana, raza perdida de cuyo contagio hay que librarse".



"Ese hombre trabajó lo suficiente" - Marcela Sandra Motta - 3 er. Concurso Anual Internacional de Artes Plásticas « Crepúsculo »

Sorprende pensar que luego de tantos años de paz, en los que proliferaron los ideales democráticos de la modernidad y de la civilización, todavía sean miles los paraguayos que deambulan pobres sobre una tierra que supo esconder tesoros.

El problema, en todo caso, fue suponer que las acciones desmedidas del ser humano, esas que lo llevan al límite de su sadismo, solamente se ven a la luz de los conflictos bélicos.

Para invisibilizar la humanidad de sus víctimas, los nazis recurrieron a diversos métodos. Primero los retiraron del universo de las obligaciones. Ningún judío, gitano, homosexual, negro o enemigo político, tenía el derecho a comercializar en tierras germanas. Después, fueron despojados de su ciudadanía. Para que finalmente, pudiera concretarse el exterminio dentro de los campos de concentración, distribuidos principalmente en los países vecinos, como grandes sedes de recepción. Era necesario eliminar las amenazas que hacían peligrar a la población y cumplir con la función de hacer vivir a los alemanes. Este razonamiento, tan simple como enfermo, les negó a las comunidades perseguidas el derecho de pertenecer al Estado Alemán, y luego, el derecho de pertenecer al mundo.

Una vez terminada la segunda guerra mundial (1945), la dimensión de los hechos hizo que prevaleciera plenamente la experiencia del Holocausto por sobre los bombardeos de las ciudades alemanas, admitiéndolo como una parte central de la historia nacional, que llevaría a la auto-comprensión.

Ahora bien, ¿Qué lleva a los estados modernos, que tienen por objetivo cuidar la vida, a ejercer el derecho soberano de matar?

En un intento de alegato válido, aparece la construcción de un “otro negativo”, como una condición casi inexorable. El estado moderno, al eliminar a ese “otro” extirparía la amenaza (externa o interna), cumpliendo con su función de asegurar la vida. Fragmentar, jerarquizar y establecer una ruptura entre lo que puede existir y lo que no, será una función más que primordial. De esta forma se justificaría la muerte como condición necesaria de la vida. La paz, debe ser asegurada, aunque haya que pagar un precio muy alto por ella.

El 24 de marzo de 1976, bajo el nombre de “proceso de reorganización nacional”, se inicia la etapa dictatorial más sangrienta y autoritaria de la historia argentina. El régimen militar, apoyado en el enfrentamiento de las acciones guerrilleras, desarrolló un proyecto planificado que fue dirigido a destruir toda forma de participación popular. A través del terrorismo de estado, se reprimieron de manera implacable todas las fuerzas democráticas (políticas, sociales y sindicales), la imposición de la obediencia y la colaboración activa, por parte de la ciudadanía,

aseguraban el orden. Todos estaban incluidos en la categoría de enemigos de la nación. El aparato policial encubierto y los centros clandestinos de detención, abocados a disciplinar y exterminar adversarios y disidentes, se fortaleció. La figura del desaparecido se extendió, multiplicándose, conjuntamente con los robos de bebés.

La sangre de cientos de civiles y militantes fue volcada. Al tiempo que el monopolio de los medios de comunicación favoreció la imposición de una ideología, que en su intento por sostener e instalar un modelo, concluyó con la muerte de más de seiscientos jóvenes en la absurda y ridícula guerra de Malvinas.

Los estados modernos, en su afán por mantener su dominio y control, han sabido fracturar las ideas que se opusieron a las formas vigentes de relaciones sociales. Tuvieron la virtud de aplacar, en post de la serenidad, todos los intentos de resistencias que se levantaron, borrando la idea de conflicto y de lucha de clases. Entonces, cualquier circunstancia que interpelara, en mayor o en menor medida, a la supuesta paz de una época sería una amenaza que afectaría el statu quo vigente.

La figura de la paz se enaltecó como el verdadero símbolo a proteger, insertándose en la memoria. Sosteniendo la construcción de un relato legendario que se instaló y circuló como un mito grandilocuente. Ese, que en algún momento supo oponerse solo a las guerras, a través de círculos con tres palos unidos en el centro, para terminar adaptándose al reinvento funcional de los gobiernos de turno.

El Nunca Más, se extiende en un Siempre continuo y silencioso, en la tragedia de la vida cotidiana. Donde los desaparecidos de la democracia y la represión sobresalen en diarios y causas judiciales infértiles. La paz ya no necesita de batallas entre naciones para imponer sus desproporcionada distribución de beneficios. Sus mutilados se pierden en la masa, viven en villas, son explotados y caen en los brazos vacíos de un estado, que ejerce su derecho soberano de dejar morir.

Paradójicamente las trincheras quedaron vacías y la violencia se desbordó en todas las direcciones. Sometiendo cuerpos adormecidos, atravesados por la disciplina y la corrección.

El hombre soñó que no estaba solo.

Que inmensos ideales de igualdad y fraternidad, se alzaban sacudiendo una tierra que escondía tesoros enterrados.

Soñó que las luchas perpetuas en años de tragedias, cedían paso, frente a la luz de la calma y el entendimiento.

Soñó con una época diferente, donde él era libre de pensar, de elegir y de vivir.

Cuando abrió los ojos supo la verdad.

Paz es consumo. Paz es ignorar. Paz es sobrevivir.... □